

DIEGO MUÑOZ CAMARGO

Los tlaxcaltecas



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Los tlaxcaltecas

COLECCIÓN
PEQUEÑOS GRANDES ENSAYOS

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN
Hernán Lara Zavala

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN
Elsa Botello López
Dulce María Granja Castro
Ana Cecilia Lazcano Ramírez
Juan Carlos Rodríguez Aguilar
Ernesto de la Torre Villar
Colin White Muller

Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

DIEGO MUÑOZ CAMARGO

Los tlaxcaltecas

Presentación de
ERNESTO DE LA TORRE VILLAR



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2006

Primera edición en la colección Pequeños Grandes Ensayos: 2006

© D. R. UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES
Y FOMENTO EDITORIAL

Prohibida su reproducción parcial o total
por cualquier medio sin autorización escrita de
su legítimo titular de derechos

ISBN de la colección: 970-32-0479-1

ISBN de la obra: 970-32-3549-2

Impreso y hecho en México

PRESENTACIÓN

Diego Muñoz Camargo fue hijo de Diego Muñoz Camargo, conquistador natural de Plasencia, quien arribó a Nueva España bien temprano, en 1524, avecindándose en Tlaxcala en donde contrajo nupcias con Juana de Navarra, india principal de la provincia. De esa unión tuvo varios hijos, mestizos, formados y educados en Tlaxcala en donde aprendieron a perfección el náhuatl y se relacionaron con la nobleza indígena. Uno de ellos fue Diego Muñoz Camargo, a quien impusieron el nombre del padre, y quien nació el año de 1529.

Pasó muy joven a la capital, México, “la gran Temixtitán”, en donde trabó amistad con los franciscanos, quienes aprovecharon su bilingüismo para auxiliar en la evangelización y servir como intérprete. Vuelto hacia 1550 a Tlaxcala, sirvió a la Alcaldía de esa ciudad como teniente de alcalde, administrador de los bienes y hacienda del cabildo y en la organización y conducción de los indios tlaxcaltecas al septentrión novohispano. Casó dos veces con indias principales y nobles de Ocotelulco y Tizatlan y falleció en 1599. Obtuvo diversos

puestos como funcionario, lo que le permitió ir a España, recibir bienes diversos y relacionarse tanto con la nobleza indígena como con los mandatarios españoles.

El pasado de su tierra natal, de sus antecesores, le importó, y con recia información se dedicó a redactar, a partir de 1566, varias obras que se conocen con los nombres de *Historia de Tlaxcala*, *Historia natural*, *Relación de la gran cochinilla*, *Pinturas sobre la grana* y el *Calendario*. Todas estas obras tuvieron diferentes paraderos, pues algunas llegaron a Inglaterra, otras a París y algunas que quedaron en México se perdieron. Estudiosos de la historia como fray Juan de Torquemada, Fernando de Alva Ixtlixóchitl, Carlos de Sigüenza y Góngora, José Fernando Ramírez y otros más la analizaron y relataron sus méritos. *La Historia de Tlaxcala* ha sido editada varias veces. René Acuña, quien localizó un manuscrito en Glasgow, Escocia, preparó notable edición en 1984, impresa por la UNAM, en la que aporta rica información.

Hemos utilizado para nuestro fin la edición hecha por el maestro Luis Reyes, basada en otro ejemplar que se encuentra en la Biblioteca Na-

cional de París y salida a luz bajo el patrocinio del Gobierno del Estado de Tlaxcala y la Universidad Autónoma de Tlaxcala en 1998.

La *Historia de Tlaxcala* ha sido calificada como fruto de la historia mestiza. Diego Muñoz Camargo fue mestizo y en su mente y en su sangre se advierte la presencia de dos corrientes espirituales que confluyen armoniosamente y las cuales llevan en sí muestras patentes del vigor espiritual e intelectual del pueblo mestizo, el cual en Tlaxcala se reveló mayormente. Cultura, valor y ambición del padre se evidencian en la conducta del autor, cuyo interés se vuelca en historiar el pasado de su línea materna, lo cual hace con orgullosa desenvoltura, aun cuando varias veces, con fina discreción, se sitúa a la sombra del origen paterno.

Vida y obra de Muñoz Camargo se insertan en la nobleza indígena, la cual aprovecha para obtener beneficios que utilizó a perfección. El castellano que heredó del linaje de los conquistadores representó el orgullo cultural y la vía para colocarse en un nivel sociocultural y político superior. Con singular destreza supo beneficiarse de la superioridad social del padre y la madre para realizar vida y obra. No desco-

noció las bondades que esas dos ramas le otorgaron y con las que se benefició. En ocasiones, con inteligente discreción, aprovecha más el origen paterno y deslinda hechos y acontecimientos del pueblo indiano, muchos de los cuales los siente bastante lejanos pero dignos de ser consignados en la historia general del pueblo tlaxcalteca.

Basado en amplios y ricos testimonios que los ancianos portadores de la historia tlaxcalteca conservaban, en relaciones orales y en la tradición, Diego Muñoz historia el remoto origen de los tlaxcaltecas, su dilatada y penosa peregrinación –semejante a la del pueblo escogido por Jehová y a otros muchos pueblos en formación–, su asentamiento final y, además, la inmensa serie de señores que dirigieron a esos pueblos itinerantes. Todo ello lo hace con fresca seguridad y firme convicción de su veracidad. Amplios capítulos dedica a los orígenes de esa sociedad, a su peregrinar y a la instalación en su tierra prometida. Pactos, alianzas, batallas con y contra los grupos diferentes y enemigos encontrados durante su largo recorrido, igual que los de los hebreos cuando salieron de Egipto, están bien descritos en esta historia,

así como la constitución social y política que establecieron al situarse en Tlaxcala. También ofrece penetrantes descripciones de su sentido cosmogónico, de su religión y dioses principales, acercando esas ideas a la religión cristiana, con el propósito de señalar las concepciones religiosas de los pueblos antiguos, comparándolas con los principios e ideas del cristianismo.

Presenta en forma positiva el devenir histórico del pueblo tlaxcalteca. Al situar ese proceso en el punto de confluencia de los conquistadores españoles, Muñoz Camargo habrá de interesarse, con más pasión y entusiasmo, en dar cuenta de la presencia de la hueste cortesiana en las tierras de Anáhuac, su ingreso pacífico en esos dominios y su recepción por los dirigentes de la nación tlaxcalteca, así como su ingreso masivo a la religión indiana.

Si por razones de Estado se da el bautizo de los señores indígenas, no escapó a nuestro historiador que surgió entre la población tradicional un rechazo a la introducción de diferente religión, que adquirió expresiones violentas como el martirio de los niños tlaxcaltecas, llevados a los altares por la percepción inteligente y oportuna del pontífice Juan Pablo II, quien

así reafirma el significado universal del cristianismo.

El interés de un mestizo de india y de español por revelar lo más positivo de las culturas indígenas y la fuerza cultural del pensamiento europeo y de sus instituciones, representa el enorme esfuerzo que un ser inteligente y altamente comprometido tuvo que hacer por conciliar, en años de penoso crecimiento, el valor y la fuerza que la doble raigambre de esa sociedad presentaba.

De esa empresa salió airoso, lo cual significa que cupo a un mestizo ocuparse con fortuna de historiar un pasado que igualmente era el suyo y engarzarlo con otra corriente, que también le incumbía, por proceder de un personaje que había aportado valor y sangre para labrar una nueva patria.

Tal es el mérito que debemos acreditar a la *Historia de Tlaxcala*, y el cual ofrecemos a los inteligentes lectores de la historia y de las letras mexicanas.

Ernesto de la Torre Villar

ORIGEN Y COSTUMBRE DE LOS TLAXCALTECAS

Habiéndose poblado México y toda su comarca y redondez de la laguna, al cabo de tanto tiempo vinieron los olmecas, chalmecas y xicalancas, unos en seguimiento de otros. Y como hallasen toda la tierra ocupada y poblada, determinaron de pasar adelante a sus aventuras, y se encaminaron hacia la parte del volcán y faldas de la Sierra Nevada, donde se quedaron los chalmecas, que fueron los de la provincia de Chalco, porque quedaron en aquel lugar poblados. Y los olmecas y xicalancas pasaron adelante, atravesando los puertos y otros rodeándolos, hasta que vinieron a salir por Tochimilco, Atlixco, Calpan y Huexotzinco, hasta llegar a la provincia de Tlaxcala.

Aunque antes de llegar a ella vinieron tomando el tiento, reconociendo la disposición de la tierra, hasta que hicieron su asiento y fundación donde está ahora el pueblo de Santa María de la Natividad, y en Huapalcalco junto a una ermita que llaman de Santa Cruz, que los naturales llaman Texóloc, y Mixco, y Xiloxochitla donde está la ermita de San Vicente, y el cerro de la Xochitécatl y Tenanyácac, donde

están dos ermitas a poco trecho una de otra, que le llaman de San Miguel y de San Francisco, que por medio de estas ermitas pasa el río que viene de la Sierra Nevada de Huexotzinco.

Y aquí en este sitio, hicieron los olmecas su principal asiento y poblazón, como el día de hoy nos lo manifiestan las ruinas de sus edificios, que según las muestras fueron grandes y fuertes; y así las fuerzas y barbacanas, albarradas, fosas y baluartes, muestran indicios de haber sido la cosa más fuerte del mundo, y ser obra de por mano de innumerables y gran copia de gentes la que vino a poblar, porque donde tuvieron su principal asiento y fortaleza, es un cerro o peñón que tiene casi dos leguas de circuito, y en torno de este peñón, por las entradas y subidas, antes de llegar a lo alto de él tiene cinco albarradas y otras tantas cavas o fosas de más de veinte pasos de ancho.

Y la tierra sacada de esta fosa servía de bastión o muralla de un terraplén muy fuerte, y la hondura de la dicha cava debía ser de gran profundidad, porque con estar como está arruinada de tanto tiempo atrás, tiene más de una pica en alto, porque yo he entrado dentro a caballo de algunas de ellas, y de industria las he medi-

do, que un hombre a caballo y con una lanza aun no alcanza a lo alto en muchas partes, con haberse tornado a henchir de tierra con el tiempo y con las avenidas de aguas de más de 360 de esta parte. Las cuales fosas y albarradas ciñen toda la redondez del cerro, que no debió de ser poca fuerza ni menos reparo en aquellos tiempos.

Y en este dicho peñón hay muchos indios poblados hoy en día. En partes iba cavada por peña viva, y se aprovechaban de muchas cuevas en que vivían. En este cerro y en este fuerte tan antiguo, tan inexpugnable, en la cumbre de él y en la sierra de Tlaxcala, que llaman de Matlal-cueye, y en lo alto y cumbre de Tepeticpac, se retiraron y guarecieron las mujeres y niños cuando el capitán Hernán Cortés y sus compañeros vinieron a la conquista de esta tierra y entraron por esta provincia de Tlaxcala, hasta que se entendió su paz y seguridad. Además de esta poblazón tan antigua, hubo otras en los llanos de San Felipe, que serán dos leguas adelante hacia la parte del poniente, en cuanto a nuestro centro, en parte llana y escombrada.

Asimismo hubo otra de los propios olmecas, xicalancas y zacatecas, cuyo caudillo de ellos

fue uno que llamaban Coxana tecuhtli, que según parece, estos primeros pobladores vinieron en tres legiones de las Siete Cuevas, que unos y otros eran de un lenguaje y de una misma disposición y traza, los cuales tuvieron poblada más de cuatro leguas de tierra en diversos lugares de esta provincia, cuyos edificios son conocidos aunque deshechos y arruinados. Y éstos se pueden tener por los primeros pobladores de esta provincia de Tlaxcala, que poblaron sin defensa ni resistencia alguna, porque hallaron estas tierras inhabitadas y despobladas.

Y estando en éstas sus poblaciones quietos y seguros mucho tiempo, continuando en su quieta paz sin imaginar cosa en contrario, llegaron los chichimecas sediciosos y crueles, con la sedienta ambición, últimos pobladores y conquistadores de esta provincia de Tlaxcala, cuyo principio y origen pondré copiosamente, según y de la manera que han venido prosiguiendo, hasta que se sujetaron estas tierras y habitantes de ellas, y hasta que las pusieron debajo de su dominio bien, y así y de la manera que lo tratan sus crónicas y cantares cifradas en suma según su modo, olvidados ya de la cuenta que tenían en los tiempos que estas co-

sas acaecieron y en qué edades, que hacen no pequeña falta para nuestra satisfacción, aunque no dejaremos de poner algunos números de su cuenta y edades que ellos seguían.

Habiendo, pues, de tratar de la venida de los chichimecas, que fueron los postreros y últimos habitantes de esta provincia de Tlaxcala, la cual fue muchedumbre de gentes, que asimismo tienen noticia de que puede hacer trescientos años poco más o menos, que vinieron con ejércitos formados a poblar y a buscar tierras en que habitar, como las demás gentes que antes habían venido. Y así estas gentes vinieron de las Siete Cuevas en su demanda y busca de estas otras gentes que se habían adelantado, siguiéndoles el rastro que habían traído en su venida, maquinando por diversas partes del mundo, peregrinando por grandes desiertos, arcabucos y serranías y grandes y muy ásperas montañas, como referido tengo, en demanda y busca de los culhuas y tepanecas y aculhuaques, chalmecas, olmecas y xicalancas, deudos y parientes suyos, todos de una descendencia, linaje y lenguaje y frasis.

Aunque, en cada provincia tenían su diferente manera de hablar, tan solamente en la

consonancia o sonsonete que le quisieron dar por diferenciarse en esto, mas en todo lo demás, todo es una cosa, aunque es tenida la lengua mexicana por materna y la tezcucana por más cortesana y pulida, y salidas de éstas, todas las demás lenguas son tenidas por groseras y toscas, y en esta forma se va entorpeciendo mientras más se van desviando las provincias de México. Presupuesto que todo sea una lengua y una cosa que se entienda, ésta es la que corre por toda esta Nueva España y la mayor parte del Nuevo Mundo, y adonde quiera en estas partes, prefiere a las demás lenguas, y extendida por todas las naciones de ellas.

Y así las otras lenguas son tenidas por bárbaras y extrañas, y entre este barbarismo la hablan comúnmente, y tienen intérpretes mexicanos que la dan a entender y se precian y estiman de saberla hablar. Es una lengua la más amplia y copiosa que se ha hallado, después de la latinidad, es suave y amorosa, y en sí muy señoril y de gran presunción, compendiosa, y fácil y dócil, que no se le halla fin ni cabo. Se puede con facilidad componer versos en la propia lengua con mensura y consonancia, con el modo descandir y componer.

Venidos, pues, en seguimiento como atrás dejamos dicho de sus deudos y parientes, de tierra en tierra y de provincia en provincia, hallaron la mayor parte de la tierra ocupada y poblada de sus propios deudos; y con la noticia de cómo adelante estaban las mayores poblaciones, siempre fue su designio pasar adelante, como lo hicieron, y así de lance en lance y de tierra en tierra, llegaron a la provincia de Xilotepec de Hueypuchtlan, y a Tepotzotlán y Quauhtitlan, donde pararon y estuvieron algún tiempo, y de allí trataron de grandes y muchos partidos con los culhuas y tepanecas mexicanos, que tenían poblada la redondez de la laguna y toda su comarca y marisma.

Vista la multitud grande que allí había llegado de gentes chichimecas y la estrechura que había de tierras, procuraron de proseguir su viaje hacia la provincia de Tetzcuco donde era la cabeza y señorío de los aculhuaques tetzcuicanos y como hubiesen llegado cerca de esta provincia, fueron muy bien recibidos por los señores de aquella tierra, sabiendo y entendiendo que eran todos unos y de una generación, deudos y parientes, y venidos de una patria y tierra, y viendo que no tenían tierras en qué poder po-

blar tantas gentes, los acomodaron y señalaron un sitio donde pudieron asentar su campo en el ínter que hallaban en qué poder poblar. Y así poblaron junto a la laguna de entre Tetzcuco y Chimalhuacan, arrimados a las faldas de la sierra y montaña de Tetzcuco, que los naturales llaman los llanos de Poyauhtlan, que hoy en día pretenden acción y derecho de estas tierras los naturales de Tlaxcala, porque en efecto fueron suyas por merced y donación que los señores y el rey de Tetzcuco les hicieron.

Y así poblados los chichimecas, que su principal asiento y poblazón fue donde es ahora el pueblo de Cohuatlichan, cerca de la laguna mexicana, sujeto de Tetzcuco. Fue el año de su fundación *ome técpatl xihuitl*, que llaman el año del dos pedernal. Siempre estuvieron en continua arma y vela, porque aunque los naturales de aquellas provincias les habían dado tierras y hubiesen recibido de paz, hospedándolos y regalándolos con muchas mercedes y caricias, no se fiaban del todo de ellos, porque se temía no les hiciesen alguna traición ni cogiesen descuidados, como suele suceder en semejantes casos. Y estando como estuvieron tanto tiempo poblados en estos llanos de Po-

yauhtlan, se sustentaban de cazas, como chichimecas, por ser como eran muy grandes arqueros y cazadores de arcos y flechas, y aventajados con esta arma más que otras naciones.

Así que chichimecas, puramente quiere decir hombres salvajes, como atrás dejamos referido, aunque la derivación de este nombre procede de hombres que comían las carnes crudas, y se bebían y chupaban la sangre de los animales que mataban, porque chichiliztli es tenida en la lengua mexicana chichimeca techichinani. Y así los que proceden por mamar, y chichinaliztli por cosa que se chupa, y chichiualli es la teta o la ubre; por manera que como estas gentes, así como mataban y se bebían la sangre, era tenida por una gente muy cruel y feroz, de nombre espantable y horrible entre todas las naciones de estas partes, y por esta derivación de chupadores, que quiere decir en lengua mexicana chichimeca techichinani. Y así los que proceden de estos chichimecas son tenidos y estimados en mucho. Asimismo llaman a los perros chichime, porque lamen la sangre de los animales y la chupan.

Finalmente, que los que proceden de estos chichimecas por línea recta y derecha sucesión

son muy estimados, y ha quedado este nombre de chichimecas el día de hoy ya arraigado tanto, que todos aquellos que viven como salvajes y se sustentan de cazas y monterías, y hacen crueles asaltos y matanzas a las gentes de paz, y aquellos que andan alzados con arcos y flechas como alarbes, son tenidos y llamados chichimecas. Especialmente en los tiempos de ahora son más crueles y espantosos que jamás lo fueron, porque en otros tiempos que ha menos de cuarenta años, no mataban sino cazas y animales fieros y silvestres, y ahora matan hombres y saltean caminos, y hacen grandes estragos, inauditas crueldades a los españoles y sus haciendas y estancias, que no se pueden averiguar con ellos.

Por manera que el nombre de chichimecas, que solía ser la cosa más noble que entre los naturales había, ha venido a ser y a parar, que los que llaman el día de hoy chichimecas se han de entender por hombres salteadores y robadores de caminos. Y todos aquellos que son indomésticos y que habitan las tierras remotas de la Florida, y la demás tierra que está por ganar y por conquistar, todos tienen este nombre de chichimecas, y esto se entiende en la lengua

mexicana culhua de la Nueva España y de estos chichimecas se podría tratar de sus hechos y hazañas muy espantosas cosas muy temerarias, y de muy gran encarecimiento de sus ánimos y acometimientos que no se puede tratar en breve suma, porque han sido sus hechos temerarios tan grandes y tan espantosos, que casi han tenido rendida toda la tierra con harta costa de los nuestros y de su majestad con presidios y escoltas que tiene por aquella tierra de chichimecas y así no han podido ser sujetados.

Poseen grandes tierras y muy ricas de metales de plata, que en algún tiempo será dios servido se labren y descubran, y otras tierras y gentes de otras naciones, porque hay gran noticia de ellas, que son las tierras de donde vinieron los mexicanos; finalmente, que con estos chichimecas se han señalado muchos capitanes famosos de nuestros españoles, y muerto los más de ellos continuando la milicia más cruel y brava que ha habido en el mundo, con arco y flecha, y desnudos en carnes sin ningún otro reparo ni defensa.

Tornando a nuestro principal propósito, aquellos sinceros y antiguos chichimecas que vinieron a las poblaciones y en seguimiento de

sus parientes y amigos, trajeron por ídolo y adoraban por dios a Camaxtle, los cuales eran grandes cultores de él y de los demás dioses e ídolos, que los veneraban y adoraban con mucha reverencia e inviolablemente quebrantaban sus preceptos e instituciones y promesas que les hacían. Este ídolo Camaxtle no pudo ser sino el mismo demonio, porque hablaba con ellos y les decía y revelaba lo que habría de suceder, y lo que habrían de hacer, y en qué partes y lugares habrían de poblar y permanecer. Eran asimismo estos chichimecas grandes hechiceros e nigrománticos, que usaban del arte mágica con que se hacían temer y así eran temidos, por cuya causa no los osaban enojar las gentes vecinas y comarcanas; y con esto se sustentaron muchos tiempos en Poyauhtlan, donde tuvieron su habitación algunos tiempos.

Es visto por los comarcanos que iban ocupando muchas tierras, y que grandemente se iban apoderando de ellas y a señorear, les tuvieron recelo y temor de que en algún tiempo no prevaleciesen tanto, que de huéspedes viniesen a ser señores y que los viniesen a sujetar, y asimismo porque estos chichimecas comenzaban a hacerles mala vecindad y algunos

malos tratamientos, por quererse ensanchar y extender, de cuya causa los tepanecas y culhuas mexicanos, que estaban muy conformes y confederados, trataron de desviarlos y echar de Poyauhtlan, y que se fueran a poblar a otras partes, por lo cual les movieron guerra de parte de estos tepanecas culhuas mexicanos, reinando en México Huitzilihuitzin el año que ellos llamaban *ce tochtli xihuitl*, año de un conejo.

Para cuya guerra se juntaron grandes huestes por la laguna y por tierra, y vinieron a dar sobre los chichimecas de Poyauhtlan, los cuales, como fuesen gente belicosa y feroz, y a la continua estuviesen sobre el aviso, no estaban tan descuidados y les salieron al encuentro con gran furia a defender y resistir su partido, defendiéndose con esfuerzo y ánimo terrible, y de tal suerte y manera que dicen sus historias y antigüedades, que desde donde está el pueblo de Cohuatlichan hasta el pueblo de Chimalhuacán, y toda aquella marina y orilla de la laguna, no había otra cosa sino arroyos de sangre y hombres muertos, de tal suerte y manera que el agua de la laguna por toda aquella ribera no parecía ser agua, sino pura sangre y laguna de sangre, toda ella convertida en sangre.

Y con su buen esfuerzo y maña, corrieron y desbarataron a sus enemigos con gran afrenta, y se volvieron victoriosos llenos de vanagloria a su principal asiento; y en memoria de esta tan sangrienta batalla, comen los naturales de allí cierto marisco que en esta laguna se cría, que tiene por nombre izcahuitli, de lo cual hay mucha cantidad: tiene color de sangre requemada, casi leonada y a manera de lama colorada, de la cual lama se coge mucha cantidad y la tienen por granjería los pecadores de allí. Y así quieren decir que de la sangre que allí se derramó, se convirtió aquella lama y marisco de aquel color, lo cual es fábula; mas sólo quedó en memoria de aquella guerra y cruel estrago que hubo en ella a manera de encarecimiento, porque sangre en la lengua mexicana se llama eztli, y así se llama esta lama yzcahuitli, habiéndose de llamar yzcahuitli y por corrupción del vocablo se llama yzcahuitli [...].

Pasada esta tan cruel guerra entre los mexicanos tepanecas con los chichimecas, determinaron de irse de allí; y pasar adelante en busca de tierras más extendidas y anchas donde más a su sabor y gusto viviesen, y salir de aquella estrechura en que vivían, mayormente porque

entendían estar ya malquistos con sus vecinos comarcanos, y porque asimismo su dios Camaxtle les decía que alzasen su real, que no había de ser allí su permanencia, que adelante habían de pasar adonde había de amanecer y anochecer, dándoles a entender adonde habían de ser señores supremos y vivir con descanso y quietud, porque dice la metáfora: *uncan tonaz oncan tlathuiz, oncan yazque ayamonican*, “adelante habéis de pasar que no es aquí aún adonde ha de amanecer y hacer sol, y resplandecer con sus prósperos y fulgentes rayos”.

Y estando tan malquistos con sus vecinos y que forzosamente habían de tener reencuentros y pesadumbres, y por evitar tan grandes ocasiones e inconvenientes, trataron con los señores tetzucucanos de cómo se querían ir y desviar de los tepanecas, porque su venida no había sido con intento de pelear sino de poblar donde hallasen comodidad para ello, pues traían sus hijos y mujeres, y eran muchos, y otros ejércitos que atrás quedaban que venían en su seguimiento, y pues que los trataban tan mal, que ellos querían pasar adelante, hacia las partes de donde el sol sale y llegar hasta la mar Teuhtlixco Anáhuac, que quiere decir al fin de

la tierra y hasta la orilla y costa de la mar, pues era todo desierto y despoblado. Y para emprender esta jornada querían tomar su beneplácito, y que fuese con su licencia y voluntad, porque si en algún tiempo les acaeciesen algunos infortunios y trabajos y adversidades, por si hubiese menester para algún socorro, que como hombres prosperados y que estaban de asiento, los favoreciesen como a buenos hermanos, amigos y parientes.

Y así en esta despedida y apartamiento, pasaron grandes negocios de la una parte y de la otra con los aculhuaques tetzucanos, y al fin quedaron resueltos en que se fuesen, y que buscasen asiento donde pudiesen poblar a su voluntad; y antes de esta partida para más favorecerlos, le dieron adalides y guías que los guiasen por las sierras altas de Tetzcuco, a que les mostrasen desde la más alta cumbre de aquellas montañas y sierras de Tetzcuco, que son las sierras de Tlallocan, altísimas y umbrosas, en las cuales he estado y visto, y puedo decir que son bastantes para descubrir un hemisferio y otro, porque son los mayores puertos y más altos de esta Nueva España, de árboles y montes de grandísima altura, de cedros,

cipreses y pinares, que su belleza no puedo encarecer con palabras, que parece que llegan al cielo por orden de naturaleza; y pues con palabras no puedo explicar los conceptos que a esto me inspiran, súplalo el buen entendimiento del discreto lector.

Dejando aparte de la Sierra Nevada y el volcán, que son más altas que estas montañas, puso el artífice del mundo uno de los principales ornatos de su creación, que de la una parte se descubre todo el reino de los mexicanos tepanecas y su muy grande laguna, y por la otra parte, el reino y provincia de Tlaxcalla, Cholola, Huexotzinco, Quauhquecholla, Tepeyácac, Tecamachalco y otras provincias de innumerables naciones, que visto lo uno y lo otro, se dan inmensas gracias al artífice universal de todo lo creado, mayormente el día de hoy, que visto el retruécano que el verdadero dios ha obrado con los suyos, le dan inmensas y sempiternas gracias y loores, que lo que el demonio tan apoderado y señoreado tenía, y esté el día de hoy reducido al verdadero dios y a su iglesia militante.

¿Quién no se harta de llorar de puro contento? ¿Quién no se goza con alegría sublima-

da con milagros tan conocidos y tan a la clara obrados, que a cabo de tantos millares de años haya sido nuestro señor servido traer en conocimiento de su santa fe, tantas y tan innumerables gentes y naciones? A su divina majestad se den las alabanzas y gracias por tanta mercedes como cada día obra con sus criaturas racionales.

Subidos los chichimecas con los adalides a las sierras de Tlallocan, descubrieron y divisaron desde allí grandes y amplísimas tierras, valles, sierras y llanos con sus ríos y fuentes, casi como otro nuevo mundo e nuevo hemisferio. Y como las atalayas hubiesen visto tan grandes tierras despobladas, que de noche ni de día hubiese fuegos ni moradas, conocidamente vieron que eran tierras desiertas, yermas y habitables y por poblar, excepto los xicalancas y olmecas que ya estaban poblados en algunos asientos y lugares. Y con esta noticia bajaron de la sierra, y dando relación y noticia de lo visto, hicieron grandes fiestas y solemnidades, especialmente los chichimecas a su ídolo Camaxtle, el cual dicen que les dijo hablando con ellos, que comenzasen a caminar, que aquella era la tierra en que habían de poblar y a donde

habían de permanecer señoreando, y que comenzasen a marchar que ya era tiempo, y de no estar más en aquella provincia de Poyauhtlan, ni entre los aculhuaques; mas que en sus necesidades y trabajos, les darían favor y ayuda y grandes socorros de gentes a su tiempo y cuando fuese menester.

Y de esta manera alzaron su real y poblazón, y comenzaron a caminar con mujeres e hijos hacia Chalco, la mayor parte de ellos; aunque quieren decir afirmativamente que algunas cuadrillas de éstas caminaron hacia la parte del norte a poblar las provincias de Tullantzinco, por no subir ni atravesar las grandes serranías y puertos de la Sierra Nevada y volcán de Amaquemecan. Acaecieron estas cosas desde el año de *ome técpatl*, que fue el año que poblaron en los llanos de Poyauhtlan los chichimecas por consentimiento de los señores de Tetzcuco, y el año de tres *calli*, y el año de cuatro *tochtli*, y el año de cinco *ácatl*, y el año de seis *técpatl*, y el año de siete *casa* que es siete *calli*, y el año de ocho *tochtli*, y el año de nueve *acátl*, y el año de diez *técpatl*, y el año de once *calli* y el año de doce *tochtli*, y el año de trece *ácatl*, y el año de uno *técpatl*, y el año de dos *calli* que fue el

año que llegaron a la provincia de Chalco Amaquemecan, después de la salida que hicieron de los llanos de Poyauhtlan.

Antes que pasemos de aquí, nos pareció tratar de las jornadas que vinieron haciendo los chichimecas desde que desembarcaron, o pasaron aquel pasaje del agua y río o estrecho de mar, el año que tienen los naturales por su cuenta que dicen de esta manera: año de cinco tochtli llegaron a las Siete Cuevas y de las Siete Cuevas vinieron a Mazatepec, en cuya provincia dejaron a Itztotli y a Xiuhnel, personas principales. Y de Mazatepeque vinieron a la provincia Tepenenec, que quiere decir en el cerro de eco, y aquí mataron a Itzpapálotl, el cual mató a Mimich a flechazos; y de aquí vinieron a Comallan donde tuvieron grande guerra, hasta que por fuerza destruyeron y ganaron.

Y de esta provincia de Comallan vinieron a la provincia de Culhuacán y a Teotlacoachcalco y a Teohuitznáhuac: aquí quisieron flechar y matar a una señora cacica que se llamaba Cohuatlicue, señora de esta provincia, a la cual no flecharon, antes hicieron amistades con ella y la tuvo por mujer Mixcóhuatl Camaxtle, y de esta Cohuatlicue y Mixcóhuatl Camaxtle nació

Quetzalcóhuatl; por cuya causa y razón dejo atrás declarado, que aunque Quetzalcóhuatl dijo que vino por la parte del norte y por Pánuco, y de Pánuco por Tulantzinco y por Tula donde tuvo su habitación, todos vinieron estos por la vía del poniente.

Y que como fuesen personas tan principales y de tan grandes habilidades, los tuvieron por dioses, especialmente Camaxtle, Quetzalcóhuatl y Tezcatlipuca, y todos los demás ídolos; sino que vinieron discurriendo por diversas partes de este Nuevo Mundo, y así éstos que tuvieron por dioses debían de ser nigrománticos, hechiceros y encantadores o brujos, o tenían hecho pacto y conveniencia con el demonio, porque les hacía hacer creer cosas increíbles o por conjeturas alcanzar muchas cosas de las por venir, o eran hombres nacidos de íncubos, pues tanto dominio tenía el demonio sobre ellos, que bastaran para pervertir tantas y tan innumerables naciones de gentes.

Habiendo nacido Quetzalcóhuatl en esta provincia de Teohuitznáhuatl les hizo grandes fiestas Xicalan, y les dio como presentes grandes dádivas de ropas de algodón; y de esta provincia los llevó a Culhuacán, y aquí dio el dicho

Xicalan una hermana suya llamada Coyollimaquiz a un principal llamado Tzontecómatl, de cuyos padres nació Acul, y de este Acul nació Huehueyac, y este Huehueyac hubo a Ylancueitl Atotoz y esta dicha Atotoz tuvo a Quetzalcihuatzin, la cual casó con Ixtlilxóchitl, de esta Quetzalcihuatzin y de Ixtlilxóchitl nació e hubieron por hijo a Nezahualcóyotl, y de éste nació, que fue el lobo ayunador de que atrás hicimos mención, Nezahualpilzintli su hijo, de donde proceden los señores de Tetzcuco por línea recta.

Habiendo, pues, pasado por tantas tierras y provincias como atrás dejo referido, vinieron a parar a Hueypuchtlan y a Tepotzotlán. En esta provincia se armaron caballeros Culhuatecuhtli, y Xicalan se llamó Tecpanéctal porque en esta ceremonia se trocaban los nombres, porque así era permitido por grandeza, y el que se llamaba Técpatl lo llamaron Mixcohuatecuhtli, y Mixcóhuatl se llamo Chichimecatecuhtli; y éstos que voy nombrando fueron los principales caudillos que trajeron estas gentes y sus mujeres, y a esta causa lo voy aquí nombrando por sus nombres antiguos y a sus mujeres, porque hoy en día viven muchos principales

de la descendencia de éstos, lo cual no pusimos al principio, que allí se había de hacer relación de éstos.

Mas no se ha perdido coyuntura, pues se deja entender que lo hacemos por dar noticia de los principales caudillos que hubo en el origen de estas poblaciones, desde donde comenzaron este su muy largo itinerario, inaudita peregrinación. Finalmente, que Mixcóhuatl y Hueytlapatl, Pantzin y Coccohtzin, fueron caudillos de estas gentes: Xonecuilinan fue mujer de Xicalan, y Ce Tecpatltecuhtli tuvo por mujer a Yacaxouxquiylama, y Mixcohuatecuhtli tuvo por mujer a Totonylama. Llamóse el hijo de Xicalan, Mazatlhuehue, que casó con la hija de Ce Tecpatltecuhtli que se llamó Centecihuatzin, de quien nacieron Tohtzin Apanecatzin; y Ce Técpatl tuvo por hijo a Pantzin, y Mixcóhuatl tuvo por hijo a Coztzin.

Hay que advertir que en aquella era los chichimecas no tenían más de una mujer, y hoy en día los chichimecas indomésticos no tienen más de una mujer; tienen en mucho los hijos varones que les nacen y aborrecen a las hijas. A los hijos varones los crían los padres y a las hembras las crían las madres. Por manera que

como hubieron llegado a Poyauhtlan el año de dos *técpatl* y tres *calli* y cuatro *tochtli* y cinco *ácatl* y seis *técpatl* y siete *calli* y ocho *tochtli* y nueve *ácatl* y diez *técpatl* y once *calli* y doce *tochtli* y trece *ácatl*, y *nauh ollin tonalli* y el año de un pedernal, que es *ce técpatl xihuitl*, fue el día que salieron de Poyauhtlan los chichimecas, y dejaron allí a Chimalcuixin tecuhtli, y éste fue a las provincias de Quauhchinanco con mucha parte de estas gentes a poblarlas que es hacia la parte del norte.

Y halló poblado allí a Macuilacatltecuhli, el cual lo recibió muy bien y de paz, y le dio mujer con quien casó allí en Tollantzinco, y lo mismo hizo con Quauhtotolamihua. De estas gentes se poblaron grandes provincias, como fue toda la sierra y costas de mar: Tuzapan, Papantla, Tonatiuhco, Metztlán, Achachalintlan, Nauhtlan. Los que se armaron caballeros en Poyauhtlan fueron: Ixcócatl, Acolpitecuhli y se llamo Pantzintecuhli, y Tecpanécatl Coohtzin se llamó Mixhohuatecuhli, y Hueytlapati se llamó Chichimecatecuhli. Esta ceremonia de armarse caballeros los naturales de México y Tlaxcala, y otras provincias de la lengua mexicana, es cosa muy notoria; y así no nos

detendremos en ello más de pasar sucintamente.

Es de saber que cualquier señor o hijos de señores, que por sus personas habían ganado alguna cosa en la guerra, o que hubiesen hecho y emprendido casos señalados y aventajados, o que tuviese indicios de mucho valor y que fuesen de buen consejo y aviso en la república, le armaban caballero. Lo mismo que hacían con los mercaderes ricos, que como fuesen tan ricos y por sus riquezas se ennoblecían, y hacían negocios de hijos hidalgo y caballeros, los armaban caballeros pardos, diferentemente que los caballeros de línea recta, porque llamaban tepilhuan al mercader que era armado caballero, y los finos que por descendencia lo eran, eran llamados tecuhtles.

Estos tecuhtles se armaban caballeros con mucha ceremonia. Ante todas las cosas, estaban encerrados cuarenta o sesenta días en un templo de sus ídolos; y ayunaban todo este tiempo, y no trataban con gentes, más que con aquellos que les servían, y al cabo de los cuales eran llevados al templo mayor, y allí se les daban grandes doctrinas de la vida que habían de tener y guardar; y antes de todas estas cosas, les da-

ban grandes vejámenes con muchas palabras afrentosas y satíricas y les daban puñetazos con grandes reprehensiones, y aun en su propio rostro, según atrás dejamos tratado, y les horadaban las narices y labios y orejas; y la sangre que de ellos salía la ofrecían a sus dioses. Allí les daban públicamente sus arcos y flechas y macanas y todo género de armas usadas en su arte militar; del templo eran llevados por calles y plazas acostumbradas, con gran pompa y regocijo y solemnidad.

Poníanles en las orejas orejeras de oro y bezotes de lo mismo y en las narices, llevando delante de ellos muchos truhanes y chocarros, que decían grandes donaires con que hacían reír a las gentes. Pero como vamos tratando, se ponían en las narices piedras ricas, horadábanles las orejas y narices y bezos, no con hierros ni cosa de oro ni plata, sino con huesos de tigres y leones y de águilas, agudos.

Este armado caballero hacía muy solemnes fiestas y costosas, y daban grandes presentes a los antiguos señores y caballeros, tanto de ropas como de esclavos y oro, y piedras preciosas y plumerías ricas, y divisas, escudos y rodela, y arcos y flechas, a manera de propinas, como

cuando se doctoran nuestros letrados. Andaban de casa en casa de estos tecuhtles, dándoles estos presente y dádivas, y lo propio hacen con estos armados caballeros después que lo eran; y se tenía cuenta de todos ellos en la república. No se armaban caballeros muchos hidalgos pobres por su poca posibilidad, sino eran aquellos que por sus nobles y loables hechos lo habían merecido; en tal caso estaban los caciques cabeceras y los más supremos que eran reyes, pues tenían mero mixto imperio con sus tierras, y horca y cuchillo para ejecutar los casos de justicia, como en efecto era.

Finalmente, los que horadaban las orejas, bezos y narices de éstos que así se armaban caballeros eran caballeros ancianos y muy antiguos, los cuales estaban dedicados para esto; y así como en los casos de justicia y consejos de guerra, servían estos caballeros veteranos en la república; ellos eran temidos, obedecidos y reverenciados en muy gran veneración y estima. Y como atrás dejamos dicho que a cabo de los cuarenta o sesenta días del ayuno de los caballeros nobles, los sacaban de allí para llevarlos al templo mayor, donde tenían sus simulacros: no les horadaban enton-

ces las orejas, narices ni labios inferiores, sino que cuando se ponían en el ayuno, entonces y ante todas cosas, les hacían estos bestiales espectáculos.

Y en todo el tiempo de ayuno estaba en cura para que el día de la mayor ceremonia fuese sano de las heridas que pudiesen hacerles las orejeras y bezotes sin ningún detrimento ni dolor. Y en todo este tiempo no se lavaban, antes estaban todos tiznados y embijados de negro y con muestras de gran humildad, para conseguir y alcanzar tan gran merced y premio, velando las armas todo el tiempo del ayuno según sus ordenanzas, constituciones, usos y costumbres entre ellos tan celebradas. También usaban tener las puertas donde estaban ayunando, cerradas con ramos de laurel, árbol muy estimado entre los naturales.

El año de dos *calli* llegaron los ejércitos de los chichimecas de Poyauhtlan a la provincia de Amaquemecan, que fueron los que tomaron la derrota de los puertos, acá de la Sierra Nevada, hacia las provincias de Tlaxcallan y Huexotzinco y Chololan y Quauhquechollan, los cuales vinieron rodeando por las faldas del volcán hacia Tetella y Tochimilco y Atlixco, Cohuate-

peque y Tepapayecan; aunque algunos quieren decir que se habían adelantado otras cuadrillas de chichimecas y venido a Chololan el año de primero de un *ácatl*, y que fueron los capitanes que allí vinieron Tololohuítzil y Iexicóhuatl y Quetzaltehuíac, Cohuatlynehcuaní y Ayapantli.

Y que este Tololohuítzil salió a recibir a los chichimecas a la provincia de Chalco Amaquemecan, y los que en aquella era poseían la provincia de Chalco eran Petlácatl, y sus hijos se llamaban Tlacatecuhtli y Xiuhtótotl y Ce Mázatl y Toteotzin; y movidos de esta provincia, vinieron a parar a un lugar que se llamaba Tetliyácac, junto a Huexotzinco, el año de tres conejos, y de este lugar se esparcieron los ejércitos para ir a poblar las tierras que hallasen desocupadas. El año de cuatro casa fue con sus cuadrillas a poblar la provincia de Quauhquechollan Toquetzaltecuhli e Yohuallatónac, y asentaron su poblazón en Cohuatepeque y otro caudillo que se llamó Quetzalxiuhli.

Asimismo, llegaron el año de tres conejo al lugar de Ahuayopan otras cuadrillas, habiendo llegado antes a poblar los olmecas y zacatecas, a los cuales hallaron poblados como atrás te-

nemos de ello hecha relación. Y en el lugar que tenían poblado, que se nombre Xocoyocan; en esta provincia se apartó un capitán que se llamó Ixcóhuatl Coxana, que por otro nombre se llamaba Xopancatecuhtli, y se fueron a la provincia de Zacatlán por no poder sufrir a los chichimecas, al cabo de grandes reencuentros que tuvieron y muchas muertes.

Y en Totollac, pobló Tetzitzimitl, y Quauhtzin tecuhtli pobló en el Atlmoyahuacan: entonces entró por la poblazón de Huexotzinco; y Cozcacauhhuehue en el barrio de Tecpan, y Tlotlitecuhtli más abajo; y en el barrio de Conltan pobló Tenpatláhuac, y en el barrio de Xaltepetlapan pobló Cacama tecuhtli, y Toltécatltecuhtli pobló en Calpan, y Cimatecuhtli fue a poblar la parte de Atlixco, y hubo generación en el pueblo de Totomihuacan. Y a la sazón de estas poblazones, no estaban divididas las provincias, hasta que por discordias y pasiones las vinieron a dividir. Por manera que fue a poblar Totomalotecuhtli Oquichtzin de quien nacieron Tzoniztal y Topan y Yztaccóyotl y Temayahui y Ocotochtli, en cuyo tiempo ganó y destruyó la provincia de Tepeyácac, y fue a residir allí Quauhtzintecuhtli.

El año que llamaban cinco pedernal, a los veinte días de su bisiesto que llaman Títitl, fueron movidos los ejércitos de los chichimecas para proseguir sus poblaciones hacia la parte de Tepeyacac y Tecalpan, y yendo marchando hacia la otra sierra nevada que llaman Poyauh-técatl, y las sierras de Perote que llaman Napatecuhtli, por no dejar cosa ninguna sin ver. Llegaron pues a Amaliuhcan y a Nacapahuazcan, Chachapatzinco, lugares que iban poblando y poniéndoles nombres conforme los acaecimientos que les sucedían en su viajes, porque desde aquí comenzaron a usar comer las carnes guisadas, cocidas o asadas, porque de antes las comían crudas y mal asadas en barbacoas, que eran más crudas que asadas. Y aquí en estos lugares los vinieron a ver y a visitar Totolohuítztl y Quetzaltehuia e Yxcicóuatl, y allí les dieron como presentes ollas de barro para que guisasen de comer, y así por este nombre de guisar las carnes en ollas, llamaron Nacapahuazcan a este lugar y de aquí fueron a Huehuetlan y Atliztacan Tepexic; allí en Nacapahuazcan se armaron caballeros muchos de ellos.

Después de haber echado de sus tierras a los xicalancas chichimecas y zacatecas, como

en efecto lo hicieron, y les quitaron las tierras que poseían y se fueron a poblar a otras partes. Y después de esta destrucción, se vinieron a poblar muy despacio y de propósito esta provincia de Tlaxcalla. Y entraron poblando por un lugar de esta provincia que se llama Acallan y Yacacuánac y Cohuazacapechpan adonde hallaron a Tlalchiyach y Aquiyach, los cuales les dijeron que no tenían que parar allí, que ellos habían ganado aquellos términos y adquirido por términos de la provincia de Cholollan, y toda la sierra de Matlalcueye, que es la que llaman sierra de Tlaxcallan.

Estáis engañados, respondieron los capitanes chichimecas, todo es nuestro, y no hemos parado, que aún caminamos. Y así pasaron adelante por diversos lugares de esta provincia, haciendo poblazones, y llegaron a Contlan, donde está ahora la ermita de San Bernardino, y allí pararon más de veinte días, y el primero que salió de aquí fue Atlapahuehue, en compañía de Teyohualminqui, gran encantador y hechicero, y subidos en el cerro de Moyotepec flechó de noche este Teyohualminqui a Cozacatecuhtli y lo mató, y a Cuetlachhuatecuhtli, Itztecoma, Acxotl, Teotzin, Zacatlamin el día

primero de toxcatl. Y éstos llegaron después que rodearon todas estas tierras, después de la división que hubo en Teyácac, en ciento y veinte días, y llegaron a la sierra alta de Tepeticpac, que es en esta ciudad de Tlaxcalla, en el propio año de cinco pedernal.

Finalmente, que puestos en Tepetícpac acabaron desde allí de echar a todos los olmecas y zacatecas de estas tierras de Tlaxcalla y de Xocoyucan, donde estaban apoderados, que es cerca del pueblo de San Felipe de esta provincia, donde mataron a un capitán famoso que se llamaba Colopechtli, y perdido su capitán, se fueron por la parte del norte, caminando con sus mujeres e hijos, porque así los dejaron salir y fueron por Mitlmani, y por Cuyametépec, y por Tlecoyotlyyácac, y por Mamaztlipilcayan y por Huehueychocayan, y como no hallaron por toda esta tierra cuevas en que meterse, pasaron grandes trabajos, porque les llovió más de veinte días aguas menudas, y aquí tuvieron los viejos y niños muy gran llanto por las tierras que dejaban perdidas, y por esta causa se llama aquel valle el día de hoy Huehueychocayan, y aquí quedo Coxana, y los demás pasaron adelante y llegaron a Tenanitic, donde

está ahora el pueblo de la provincia de Zacatlán, con los capitanes Ixcócatl Xopancatecuhtli, y en Otlatla asentaron su pueblo por consejo de Coxana, que debió de ser el señor de todos estos ejércitos vencidos de los chichimecas de Tlaxcalla.

Puestos y apoderados de la sierra de Tepetícpac, enviaron desde allí a Tzonmazatl a la provincia de Xilotepec; y los que fueron a poblar a Xicochimalco fueron Pucani Ocelotl y su mujer Pucani Axoch, que después fue llamado el dicho Pucani Ocelotl Cipactecuhtli. Y como los chichimecas se iban apoderando de toda la tierra y haciéndose señores muy poderosos de todas las gentes que habían traído, y habiéndose encastillado y cogido la más inexpugnable sierra para su fortaleza, considerando los comarcanos pobladores que de tanta fortificación de estos chichimecas no podía redundar en ningún bien para ellos, porque desde allí los habían de supeditar y tenerlos por vasallos, lo cual no cabía en razón porque todos eran unos e iguales en linaje, y pues habían venido a poblar, que cada uno se contentase con lo que había adquirido y ganado para sí y para sus deudos y demás descendientes, finalmente

determinaron no sujetarse a ellos, que eran los chichimecas mayores y más principales, los cuales poblaron las sierras de Tepetícpac, fue llamada Texcaltícpac, y de Texcaltícpac Texcalla, y de Texcalla, Tlaxcalla.

Y sustrayéndose, como se sustrajeron desde su antiguo reconocimiento, presuponiendo quitarles y atajarles la pujanza que llevaban de señorear todo el mundo y derribarles de su altivez y soberbia, y que cada uno se quedase con lo que hubiese ganado, dividiendo sus provincias y lugares, y señalando sus términos para que fuesen conocidos y no estar sujetos a un solo gobernador, rey ni capitán; y estando en esta contingencia tanto pudo la codiciosa ambición, que entre sí movieron guerras civiles, conspirando contra sus mayores capitanes y señores y caudillos, que los habían traído y guiado de tan lejanas tierras y cansadas peregrinaciones, hubieron lugar de tener entrada los alborotos y rebeliones.

Porque como la natural e insaciable ambición tuvo lugar y entrada entre estos bárbaros, no pudo sufrir mayoría ni igualdad en el mundo, y así en voz de libertad convoca con la mayor parte de la gente plebeya que vino a ello,

y dieron tras sus más principales capitanes y chichimecas, de tal manera que los necesitaron en tanto grado, a guarecerse a las cumbres más altas de Tepetícpac, todo lo cual hicieron a fin de sustraerse y ser señores de lo que habían ganado y poblado con sus gentes. Y así conjurados contra los chichimecas mayores y más poderosos que en esta sazón había, vinieron a rompimiento, y a tener la más cruda y sangrienta guerra civil que en el mundo ha habido, matándose unos a otros como enemigos crueles y rabiosos perros, siendo hermanos contra hermanos, y padre contra hijos, e hijos contra padres, mezclándose la sangre derramada de ellos y de su propia patria, que con palabras no se pueden explicar ni encarecer las no pensadas crueldades que en esta guerra se usaron y acaecieron.

Desbaratados los chichimecas de Texcaltícpac de la gran traición que contra ellos usaron, se retiraron a sus fuertes con gran ofensa que los contrarios les habían hecho, hasta que los vinieron a sitiar y a poner cerco por todas partes para acabarlos, con gran muchedumbre y pujanza de gentes que contra ellos convocaron, que necesitaron y obligaron a los chi-

chimecas de tal manera, que enviaron por socorro a la provincia de Tetzcuco, y a los señores de allí y a otra partes donde tenían amigos capitanes que por su mano habían puesto y reparádoles las provincias en que estaban poblados.

Y así, Colhuatecuhtli, único señor de Texcalla y de Tepetícpac, envió a llamar a Cipactecuhltli que estaba en las poblaciones de Xicochimalco, y lo fueron a llamar Huitzilacon y Quiltlilxochapanécatl, los cuales no se hallaron en este combate ni cerco, ni menos Pantzintecuhltli, porque estaban ocupados en las poblaciones de Xalpan y en las de Ytztlotlan. Y el año de nueve pedernal quieren decir que fue el acaecimiento del cerco que se puso a esta insigne y muy inexpugnable ciudad de Tlaxcalla, que fue la primera guerra que contra ella se tuvo, a la cual vinieron a socorrer los tetzcucanos con grandes ejércitos y poder. Y trajeron por presente a Culhua tecuhltli un vaso de alabastro muy fino que le enviaba por grandeza el señor de Tetzcuco con un capitán belicoso y valiente llamado Chiname, al cual con sus gentes fueron muy bien y agradablemente recibidos.

Y estando fortificado en los riscos de Tepetícpac con muchas albarradas y fosas, y otros

reparos y pertrechos de guerra, y muy grandes y profundos despeñaderos que tiene la propia sierra de peña tajada, estuvieron encastillados allí aguardando el fin que había de tener esta guerra comenzada. Fue tan grande la fuerza y reparos que los chichimecas aquí hicieron, que fue su intento hacerla con tanta pujanza, que más fue para inmortalizar su fama y memoria, que para la defensa y resistencia presente, y porque si en algún tiempo no les sucediese alguna siniestra y contraria fortuna ver otra cualquiera adversidad, como suele acaecer en el mundo a los muy prosperados y favorecidos de ella. Y así puestos en razón de guerra, aguardaban el fin de ella, porque su ídolo Camaxtle les había asegurado que habían de ser vencedores de todas las gentes, y que allí había de ser el principio de su monarquía.

Señoreando en aquella era y sazón en la provincia de Huexotzinco, Xiuhtlehuitecuhtli, y como viese que tan prósperamente los chichimecas se iban apoderando de toda la tierra, y como de cada día les venían gentes de socorro de diversas partes y lugares, procuró abreviar la guerra, para lo cual envió por socorro a los mexicanos tepanecas, reinando en México toda-

vía Matlahuitzin: rogándole Xiuhtlehuitli tecuh-tli le enviase socorro contra los chichimecas de Poyauhtlan, sus enemigos capitales, porque se iban rehaciendo y apoderando con grandes poderes y fuerzas, y usurpándole las tierras que tenían ganadas, los cuales estaban con determinación de no parar hasta llegar a los confines de la tierra y costa de mar; y que no sería razón se les diese tanto lugar, ni que se apoderasen tanto siendo tan crueles y belicosos como lo eran.

Y vista por Matlahuitzin, rey de México, la persuasión de Xiuhtlehuitli, y de que le enviase socorro contra los chichimecas de Texcalla, maravillándose de tan gran novedad y repentina mudanza, no supo qué le responder, hasta que al fin por cumplir con el dicho Xiuhtlehuitli le prometió de enviar socorro como se lo pedía. Y visto por Matlahuitl, rey de los mexicanos y tepanecas, lo que contra los chichimecas trataban los de la provincia de Huexotzinco, envió a dar aviso de ello a los chichimecas, diciéndoles con sus embajadores de esta manera:

“Ah, vosotros los poseedores de la alta cumbre de Texcalla, sabed que somos mensajeros y embajadores del muy gran señor, vuestro sobriño y pariente, aquel que señorea y tiene en

guarda las aguas de la gran laguna de Tenochtitlan, llamado Matlalihuitzin, os envía a decir y a avisar cómo la gente trasera de Huexotzinco y su caudillo llamado Xiuhlehuitl tecuhtli, le ha enviado a pedir socorro porque quiere venir sobre vosotros y moveros muy cruda guerra, y que ruega a este gran señor nuestro, el que a ti nos envía, le favorezca y envíe gran muchedumbre de gente para que venga en su ayuda contra vosotros, el cual se la ha prometido y se la piensa enviar, y de tal manera que no le sea provechosa para ningún efecto, sino tan solamente que haga una reseña de apariencia de socorro, y no porque hayan de combatir contra vosotros.

DE LA NATURALEZA Y RECURSOS DE LA PROVINCIA DE TLAXCALA

De la diversidad de animales fieros y extraños de la tierra y de sus propiedades han escrito tantos autores, que sería superfluo tornar a tratar de repetirlas, porque el protomédico que su majestad envió a esta tierra, llamado el doctor Francisco Hernández, llevó gran copia de relaciones escritas, y los animales dibujados y de sus propiedades y secretos de naturaleza que no tengo para que entremeterme en ello; ni menos trataremos de las yerbas y de sus raíces medicinales y de grandes virtudes; ni de otras plantas y flores y de sus grandes variedades y diversos colores; ni de la planta que llaman tuna de grana cochinilla y la manera de cómo la benefician los naturales, aunque prosiguiendo en esta relación, en algún lugar daremos larga cuenta de ello; ni menos trataremos de la virtud y propiedades de las aves y sus colores que son muchos; ni de los árboles aromáticos y olorosos porque el doctor Alonso de la Mota, deán de la catedral de Michhuacan, hace libro muy copioso de estas cosas tan curiosas y elegantísimo intitulado *Floresta de Virtudes* al cual nos remitimos

y a los que escribió el protomédico de su majestad, como está dicho, cerca de todas estas cosas muy largamente.

Solamente pasaremos sucintamente por algunas cosas curiosas que se nos irán ofreciendo, con algunas declaraciones de lo que atrás dejamos escrito, y de algunos árboles que destilaban licores odoríferos, como es el árbol que llaman los naturales xochiocotzoquahuitl que, en nuestro romance castellano, quiere decir el árbol que llaman de resina odorífera o de olor de flores. Éste es un árbol muy alto derecho y de hechura de pino y en lo más alto hace una copa de sus hojas muy graciosa, aunque las hojas son menudas a manera de hojas de laurel, que adonde quiera que está este árbol da muy suave olor. Y para sacarle el liquidanbar y su licor, le pican con unas hachuelas, dándole unas cuchilladitas; por aquellas partes que le cortan y tiene las cuchilladas, destila luego aquella resina de la manera que destila la trementina de pino. Esta resina saca un aceite delicadísimo y transparente de color de aceite de olivo, muy transparente, que sirve de bálsamo a nuestros españoles y le llaman aceite de liquidanbar que es muy bueno para muchas curas; y lo más

grueso y espeso sirve de perfumes que hacen de ello, muy olorosos.

Este árbol se cría en muchas partes de esta Nueva España, es árbol muy preciado y los naturales en su antigüedad lo estimaban en mucho porque usaban de ello los señores. Críase este árbol en tierras muy frescas en Quauhchinanco y en Pahuatlan y en Tlatlahquitepeque por toda la cordillera de las nieblas que atrás dejamos tratando, que pasan de Guatemala y Honduras que atraviesan gran parte de este Nuevo Mundo.

Hay otro árbol llamado copalquahuitl, que los naturales así lo llaman, árbol que destila la resina que llaman copalli, y los españoles le llaman árbol de anime; este árbol es despojado de hojas, es muy feo, destila esta resina que llaman copalli, blanca y transparente y olorosísima, con la cual perfumaban los naturales a sus ídolos, les servía de incienso, es un atramento muy vistoso porque es blanco y transparente y lo forman de tal manera, que parecen tajadas de acitrón, cubierto de azúcar, es de tan suave olor que los nuestros lo han comparado al anime, que se trae a España.

Sirve para medicamentos y para muchas enfermedades y sahumeros de los que se ha-

cen emplastos confeccionados con otras resinas y licores, para quitar frialdades intrínsecas que se congelan en los huesos humanos, para huesos quebrados, aplicado su sahumero para los romadizos y catarros, abre el olfato para que más brevemente se expelan las reumas y flemas causadas por los malos serenos y asimismo es bueno para sahumar ropa blanca mezclado con el liquidanbar. Críanse estos árboles en tierras cálidas y en secadales y no en tierras húmedas; críanse en Huastepeque y Yauhtepeque, en Chietla, y en otras muchas tierras de esta calidad y temple, desde tierras del marquesado del Valle a la parte del Mar del Sur según nuestro centro. También sirve este copal para encerrados de ventanas, vuelto y mixturado con cera blanca de Castilla comúnmente usada en esta tierra.

Hay otro árbol, oyametl, que algunos de nuestros españoles lo llaman pinsapo y otros abeto, del cual se saca el aceite que llaman de abeto, es aceite singularísimo y muy oloroso, aplícase para muchas enfermedades; particularmente es de mucho provecho para untar y hacer luz, más para sacar fríos encerrados en los huesos de hombres, que los saca y desarrai-

ga. Algunos se purgan con este aceite, y se han hallado muy bien con ello. Estos árboles se crían en las montañas de la Sierra Nevada y en las faldas y contorno de la sierra que llaman el Volcán y en la sierra de Tlaxcalla y en otras montañas de tierras frías de esta Nueva España y no en tierras calientes. Los árboles sobredichos son a manera de pinos, aunque de diferente hoja, porque la hoja es muy menuda y cortita y las ramas que este árbol va echando van haciendo cruces muy formadas. Críase este licor o resina, en árboles nuevos y mientras más pequeños son mejores porque dan más aceite.

Estos árboles pequeños crían unas vejigas, en la misma rama o vara, y de ellas se saca el aceite, y de allí la cogen los naturales para vender y otros aprovechamientos, que de ello sacan para vender a los españoles. De este árbol pinsapo se saca muy rica madera, para casa es madera incorruptible, y muy preciada entre los naturales; se ha hallado de esta madera en la ciudad de México que ha durado más de trescientos años debajo de agua, y así toda la estacada en que la mayoría de las casas de México están fundadas es de esta madera de oyametl.

Del pino no se tratará porque es árbol muy común para esta tierra y aunque no llevan piñones para comer, como los pinos de España, cójese de ellos mucha resina que llaman los naturales ocotzotl, que es la resina que llaman en la lengua castellana trementina, la cual cogen los naturales para muchos remedios. De este árbol se hace la pez y el oxitl, que en la lengua española llaman alquitrán, los cuales los naturales sacan con fuego para sus medicamentos y otras necesidades.

De este árbol sacan los naturales la tea, que llaman ocotl. Antes de la venida de los españoles a esta tierra servíanse los naturales de esta tea para alumbrarse con ella y hoy en día se sirven muchos de esta tea. Y es de mucho valor en las tierras donde no la hay porque sirve de este menester y porque no se ignore de qué aprovecha este oxitl sacado y destilado de la fuerza del fuego que, como dejamos tratado que los nuestros le llaman alquitrán, los naturales se untan con ello todo el cuerpo y sobre aquella unción se tiznan de negro con carbón molido. Lo mismo hacen a los niños y se lo ponen en las cabezas mucho tiempo, y así no crían empeines ni tiña y otras superfluidades del

cuerpo; sirve para curar la tiña y la sarna y arestín.

Ordinariamente los indios traen untadas las piernas de este betún llamado oxitl, repáranse con esto de los fríos y para que no se les abran grietas en los pies; y en las tierras calientes donde hay mosquitos untándose con este alquitrán no les hacen daño ninguno, porque andaban antiguamente los indios desnudos y en cueros vivos. Esta unción la usaban más comúnmente la gente plebeya y no los principales ni la gente de pulicia, porque los señores y gente más principal usaban otras unciones de más valor y preciadas, y más delicadas para sus enfermedades de cosas saludables y olorosas, confeccionadas de otros atramentos de mucho valor y olor y suavidad; con esto se embijaban.

Hay otro árbol odorífero que los naturales llaman tlatlahquitlatzcan que nuestros españoles llaman sabina, y otros le llaman enebro, tiene la hoja como la del cedro; este árbol echa unas agallas o manzanillas que por agosto y septiembre maduran, de la cual comen algunas gentes, que aunque son dulces y de buen sabor son ásperas y estéticas y deja en la boca alguna

aspereza. Es muy buena fruta para los puercos porque engordan con ella. Hay de estos árboles mucha cantidad en el valle que llaman Atzompan y Perote y al pie de la sierra nevada que llaman de Maltrata y Orizaba.

Este árbol llamado sabina destila una resina que se queda cuajada en el propio árbol que casi parece almáciga y algunas veces sirve para almacenar agua para beber; tiene con esta almáciga muy buen gusto y sabor y olor y si no se advierte atentamente a ello no dirán sino que es agua almacigada. Algunas gentes dicen que de la fruta de este árbol se saca en España el aceite que llaman de enebro, que por otro nombre se llama niera, aunque en esta tierra no se ha hecho. Este árbol no es muy alto, mas es muy copado y a la vista hermoso; tiene buen tronco del que se sacan muy buenas tablas para hacer mesas y cajones porque es madera de mucho olor y suavísima y vidriosa que salta mucho con el sol y la sequedad. La leña que de este árbol se quema estallea mucho, levanta muy gran llama, hace muy poca ceniza que casi no hace brasa ni carbón porque lo consume el fuego en breve espacio, y hace muy poco humo aunque se traiga verde para quemar.

Es esta madera incorruptible, dura debajo de tierras más de trescientos años sin corromperse ni pudrirse. Porque haciendo un pozo en el valle de Atzompa en medio de un llano se halló un madero de esta sabina en más de seis estados de hondo, que según pareció antiguamente había servido aquella abertura de pozo, e hízose en el propio lugar, por haberse hallado allí mucha teja y cascajo quebrado, que decían los naturales de aquella tierra que habitaban cerca de allí, que son los indios del pueblo de Yztaquimaxtitlan, llamado por otro nombre Castil Blanco, que los primeros españoles conquistadores de esta tierra así lo llamaron porque hallaron en aquel pueblo fortalezas y castillos almenados, como atrás lo dejamos tratado, y esto dicen que aquel pozo sirvió a sus antepasados chichimecas muchos tiempos que fueron los olmecas, cuando allí vinieron desbaratados y vencidos y huyendo de los teochichimecas de Tlaxcalla que según sus antigüedades cuentan se halla haber más de trescientos años.

Y según esta razón y está referido, es madera de mucha duración e incorruptible y así los españoles el día de hoy tienen hechos corrales de esta madera para sus ganados en muchas es-

tancias del valle de Atzompan, de diez y veinte años sin pudrírseles ni corrompérseles, lo cual hemos tratado por haberlo visto por vista de ojos.

En las montañas de Perote, que los españoles le llaman la Sierra del Cofre porque en lo más alto está un mogote muy señalado que le llaman el Cofre, y los naturales de esta tierra le llaman la sierra Napatecutli, que quiere decir cuatro veces rey o señor, y al pie de esta sierra hay una agua que llaman Agua Vergonzosa, y en su lengua de los naturales la llaman Pinahuizatl. Hay luego otro arroyo muy cerca de este que llaman Temazcalatl por donde toma estos dos nombres Temazcalapa y Pinahuizapa, adonde es ahora hospital de Perote, y llamose asimismo Perote porque el primer español que allí en aquella parte hizo una venta se llamaba Perote.

Hemos dicho esto para más claridad de la parte y lugar de lo que vamos tratando, porque de esta sierra y cordillera hacia los llanos de Atzompan hay muy grandes pinares por todas las faldas de esta cordillera que llevaban piñones comestibles, aunque no tan grandes como los piñones de Castilla, y aunque hay

cantidad de estos árboles no llevan fruto todos los años sino algunas temporadas, de seis en seis años, otras veces a menos tiempo, y cuando los hay, es tanta la cantidad de piñones que muchos españoles los van a coger y hacen mucho dinero de ellos, que como en esta tierra hay pocos pinos que llevan de esta fruta, carécese de ellos, y a esta causa se tiene buen despacho de estos piñones. El año que acierta a haberlos es tanta la codicia de los españoles que por coger cantidad de piñones han talado muy grandes montes de pinares no advirtiéndolo el daño que hacían, lo cual se ha remediado por los que han gobernado esta tierra.

Estos pinos piñones los hay señaladamente en un cerro que llaman los naturales Cohuatepeque que hay por los malos países de Perote y por la falda de la serranía que va a la sierra nevada de Maltrata y por aquellos llanos que llaman la Sierra Derrumbada, que de ordinario se está deshaciendo y derrumbando y por esto la llaman la Sierra Derrumbada. Y en esta cordillera del mal país y cerros bajos hay los grandes venados que llaman ciervos, que cuando son acosados por las gentes o los cazadores, atacan a los caballos y a los hombres y

suelen hacer grandes daños, que son más bravos que un toro, porque son más ligeros, son muy grandes y muy hermosos, y es una caza muy real y de mucho contento. Tienen muy grandes aspás, de muchas puntas los cuernos, desgazados como propios y naturales ciervos de España, son pardos y así los llaman venados pardos a diferencia de los corzos y gamos y venados berrendos que son blancos y muy ligeros.

Trato de esta montería porque me he hallado muchas veces en estos montes cazando con arcabuces porque aguardan muy bien a tirada de arcabuz. Andan juntos en manadas de veinte en veinte y de treinta en treinta, y de ciento en ciento, de más y de menos, y cuando ven al cazador o le sienten, hacen una muela redonda o remolino y así aguardan algunas veces muy cerca para poderles tirar. Están por el mes de septiembre muy gordos y hermosos, porque han acabado de mudar y descorrear las aspás. Hacen grandes daños a los naturales porque les comen sus maíces y sementeras, mayormente cuando se hallan cerca de donde las hay.

En estos llanos de Perote están las lagunas que llaman de Tlachac y Atlchichica y Quechólac que algunas gentes dicen que en otros

tiempos fueron cerros y volcanes y que el tiempo los consumió y que se hundieron y que se hicieron estas lagunas que son cinco o seis y así parece que por los bordos se reconoce que lo de en medio se hundió, y quedan como unas calderas, porque los bordos son altos y las lagunas están hundidas y bajas en aquellos llanos que tenemos referido. El agua de estas lagunas es salobre y tan clara que parecen ojos de agua o respiradero de la misma tierra; crían un pescadillo menudo y blanco de muy buen gusto, que nuestros españoles le llaman peje-reyes.

Estas dichas lagunas y ojos de agua están apartados unos de otros a una y a dos leguas y a tres, a más y a menos. Los naturales de esta tierra no saben decir ni distinguir lo que puede ser y de cómo estas lagunas se hicieron, ni de dónde se ceban en unos tan grandes llanos sin tener corrientes de ninguna parte, sino que dios fue servido que estuviesen en estos llanos por manifestar a los hombres su omnipotencia, que nadie la puede alcanzar ni comprender.

A estas lagunas y ojos de agua no se les ha hallado fondo aunque se ha procurado saber; algunos de nuestros españoles dicen que son

respiraderos de la mar y este parecer no me satisface porque de donde están estas lagunas a la mar hay muy gran cumbre y altura, y es imposible imaginar tal cosa, sino que la naturaleza y el tiempo las produjeron y han quedado de la manera que queda tratado.

También diremos de la laguna de Atlxouxouhcan que está en la misma cordillera, aunque apartada más de seis leguas de éstas, al pie de la sierra nevada, camino del Maltrata, del ingenio de azúcar de don Rodrigo de Vivero; el cual dicho pueblo Atlxouxouhcan es pueblo sujeto al pueblo llamado de Quechólac, que tiene en encomienda Nicolás de Villanueva, la mitad de él y la otra mitad los sucesores de Gonzalo Rodrigues de la Madalena. Esta laguna se llama Atlxouxouhcan, que quiere decir en la lengua de los mexicanos Agua Verde, es agua dulce de beber, asimismo se debió de descubrir al haberse hundido algún gran cerro que debió de estar allí, o que naturalmente dios todopoderoso debió de hacerlo así por mostrar sus grandes maravillas.

Y así está esta laguna más alta que las demás de que hemos tratado, tiene forma de caldera, los bordos de muy gran grosor y altos de

tierra pleno que parece obrado mano de hombres. Estando en lo alto de los bordos está el agua en una muy gran hondura, tan profunda que da espanto mirarla desde arriba hasta abajo y con toda esta hondura bajan ganados a beber de esta agua. Es tan ancha esta caldera que de bordo a bordo no hay arcabuz, por largo que sea, que pueda llegar al agua su tiro, que no se quede muy atrás sin poder llegar la bala a la orilla del agua porque, como está tratado, es de forma de una caldera que se va angostando hacia abajo y tendrá de bordo a bordo, a mi parecer, como un cuarto de legua. De esta agua bebe toda aquella poblazón que allí se pobló de indios.

Hemos venido a tratar de estas lagunas, haciendo mención de los árboles de pino que llevan piñones que corren por toda esta cordillera de más de diez y doce leguas, y pues estaban tan cerca, que parecerá género de descuido no tratar de ellas, aunque de la sierra atrás dijimos que se llama la Sierra Derrumbada, porque siempre se está derrumbando y cayendo a pedazos, y la causa de esto debe ser que en las propias sierras debe haber algunos metales fogosos y con el gran ardor y fuego deben de abra-

sarse los peñascos y caerse como se caen y así tienen estos dos cerros al parecer, mirados desde lejos, grandes quemazones y muestras de tener metales de plata o de otras cosas. Hallándose una vez cerca de esta sierras, en una venta que llaman la Venta de Cáceres sobrevino un temblor de tierra o terremoto a medio día, que parecía que había llegado el fin, porque fue tanto lo que la tierra tembló y se alteró, que los hombres no se podían tener en pie y fue tanto lo que cayó y de las sierras se derrumbó que con el polvo que de ella salió y se desmoronó, duró más de una hora su niebla y oscuridad que apenas se podían ver estas dos sierras.

Y de allí colegimos que por algún tiempo se han de hundir y convertirse en otras lagunas como las demás. Estas Sierras Derrumbadas son de muy gran altura y montuosas, ásperas y fragosas y muy subidas y derechas. Algunos indios de los antiguos decían haber visto salir fuegos de noche de estas sierras a grandes llamaradas haciendo gran resplandor. Algunos españoles han intentado subirlas y se han vuelto cansados sin efectuar su intento. Estas sierras, como está referido, están muy cerca de la venta de Cáceres y Perote y valle de Atzom-

pan y muy cerca de la sierra nevada de Maltrata; están por sí solas fuera de la gran serranía y cordillera grande porque están en los llanos que llaman de Perote y Atzompan, sierra nevada a la cual llaman los naturales Poyauhtecatli.

Es sierra de muy gran altura, la cual se ve treinta leguas de la mar viniendo a esta tierra y es la primera tierra que se reconoce antes de las sierras que llaman de San Martín. Esta sierra nevada es muy más alta y montuosa que la sierra nevada de Huexotzinco ni que el volcán, asimismo suele echar humo, por lo más alto de ella como la del volcán de Huexotzinco y Calpan. También las he conocido más de diez años sin echar fuego ni humo, mas los naturales refieren en sus cantares antiguos y es así que muchos tiempos atrás lo oí cantar a los propios indios diciendo que, cuando las sierras se encendieren en fuego y echaren humo sus cumbres, habrá grandes mortandades y pestilencia.

Y así el año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, que fue el año de la pestilencia de esta tierra, como atrás lo dejamos referido, comenzó esta sierra de Maltrata a echar humo y fuego en muy grandes llamaradas, y hasta entonces no fue tenido por volcán y ansí echaba humo

de ordinario y lo echó más de veinte años muy conocidamente y después, de muchos años a esta parte, no echa humo ni llamaradas de fuego, sino muy raras veces que apenas se mira ni hecha de ver.

Finalmente que al tiempo que comenzó a echar humo, de caciques antiguos supe y entendí si en algún tiempo aquella sierra había echado humo o si se tenía noticia de ello de sus antepasados, los cuales decían que no, ni noticia daban de ello ni tal habían visto hasta entonces, pero que sus antepasados habían dejado dicho que cuando las sierras muy altas humearan y echasen fuego estaría cerca el acabamiento del mundo y habría grandes mortandades de gentes y que ya aquello se iba cumpliendo, pues sabían claramente que las gentes se morían y acababan sin poderlo remediar y que no sabían otra cosa, y así como son estas cosas antiguas y dichos de hombres naturales y de muchos años ha sido referido, y ahora tornaremos a proseguir en nuestro principal objetivo, que es de las maneras de los árboles, plantas y de sus licores y resinas.

Hay otros géneros de pinos muy altísimos que no llevan resina, que son a manera de

pinabetes y así lo deben de ser éstos, aunque no tiene la madera la hebra que hace el pinabete. A este árbol llaman los naturales ayauhquahuitl, que es una madera blanca y muy tupida y pesada y tersa que es la que en esta tierra se labra para cajas y puertas, y para hacer retablos y otras obras de estima, y así es madera muy preciada; no llevan sus piñas piñones, aunque lleva piñas muy grandes; la fruta que echa es muy menuda y chicos los piñones y de poco provecho, los cuales comen los papagayos que por temporadas vienen a gozar de estos piñoncitos.

Hay otro género de pinos que los naturales llaman aclóatl, altísimos y muy derechos, su madera es roja, es asimismo de mucho provecho. Se crían en tierras frías, y no en tierras calientes, en partes umbrías y frescas, son árboles para hacer mástiles de navíos por ser de gran grosor y derechos y muy altos y recios y asimismo sirve para labrar y hacer puertas, mesas y cajas y otras cosas para el servicio del hombre.

De los árboles cipreses y cedros hay gran muchedumbre en las sierras nevadas de Huexotzinco y Calpan y en las faldas del volcán, son

árboles altísimos y odoríferos que los naturales y españoles estiman y tienen en mucho, porque no se hallan en todas partes de esta tierra sino es aquí, aunque en las tierras cálidas hay otros árboles que los quieren llamar cedros por el buen olor que tienen; son árboles muy preciados y olorosos que los indios llaman palo quahuitl, es madera muy preciada que tira a colorada, de la que se hacen escritorios, cajones, bufetes, mesas; esta madera se halla en La Habana, isla de Cuba, y Santo Domingo.

Hay asimismo nogales silvestres que dan fruto muy sin provecho; la madera de estos árboles es muy preciada para hacer mesas, bufetes, escritorios y otros menesteres para el servicio de los hombres. Críanse estos árboles entre las tierras calientes y frías, por la cordillera donde hay niebla y frescura, que hay gran diversidad de arboledas en este clima, que no haremos caso más de aquellos árboles de que nos dejamos entender y pueden ser más de provecho y utilidad como de los que hemos hecho mención.

Asimismo hay un árbol que los naturales llaman macpal xochiquahuitl que lleva unas flores entreveradas de color amarillo y colorado,

que parecen una mano de hombre con sus cinco dedos muy señalados y la palma de la mano, que es cierto verlo con gran admiración; la mano que se muestra es pequeña, menos que una mano de niño recién nacido; es árbol altísimo y derecho, tiene las hojas como de higuera aunque no tan ásperas. Tenían los caciques y señores esta flor por grandeza, para adornar otras flores y ramilletes que hacen los naturales de las flores de que ellos usan mucho. Este árbol es de tierras templadas y calientes a tierras frías, donde las tienen con mucho regalo; la madera no es de ningún provecho, porque no se usa, por haber pocos árboles de éstos; teníanse más por grandeza que por el provecho.

Sácase asimismo de unos árboles pequeños que los españoles los llaman higuierilla del infierno, que tiene las hojas anchas a manera de higuera; los indios lo llaman tlápatl. Estos árboles llevan unos cardillos por fruta como enarizados y espinosos y abiertos; crían una semilla a manera de cañamón poco mayores, de la cual se saca el aceite que dicen de la higuierilla. Aprovecha para muchas cosas, que los españoles le han hallado propiedades medicinales, para untar y sacar frialdades de cuerpos humanos; sir-

ve para arder en lámparas y para muchas medicinas que de ellos se hace.

Hay otro árbol que llaman ulquahuitl, muy preciado, que se cría en tierras calientes, es árbol no muy alto que tiene las hojas anchas y cenicientas. Este árbol destila de sí una leche muy blanca, espesa y pegajosa, en mucha cantidad y para sacar la leche se ha de picar el árbol con un hacha, o machete, y picado, luego, a la hora, destila la tal leche y los naturales la cogen en unas calabacillas redondas de la forma que quieren y de la cantidad y allí la dejan cuajar, y cuajada, la echan a cocer en agua caliente, y queda una pelota tamaña como una pelota de viento. Y los indios que no tienen calabazas para coger esta leche se untan todo el cuerpo con ella y, después de seca, levantan aquellos pellejos que ha fraguado la leche, y quedan a manera de nervios y como quedan correosos, se hace una pelota y se cuece en agua caliente. Con esta pelota jugaban antiguamente a la pelota los naturales con los cuadriles, como atrás lo dejamos referido.

De este hule se saca aceite muy provechoso para los medicamentos de los naturales, muy blando y muy suave, en especial para ablandar

los pechos apretados de catarros y pechugueras. Este hule se derrite con fuego para sacar el aceite de él, tiene la propiedad de que salta tanto que no halla con qué compararlo, tórnase bebido con el cacao y es asimismo para ablandar algún medicamento duro y áspero; aprovecha asimismo para cámaras de sangre o de otras de cualquier humor que sean. Es tan fuerte y tan duro este hule que, hecho un peto de él, no hay punta de flecha que lo pase por aguda que sea; es de madera muy blanda y dócil y en sí no tiene dureza ni aspereza ninguna, porque es semejante a nervios correosos, y así impele de sí cualquier golpe que se le da y resalta hacia fuera y entiendo que si se hiciesen suelas de zapatos de ello, que por otro nombre los llaman nuestros españoles batey, por llamarlo así los indios de la isla Española, al que estas suelas se pusiese le harían ir saltando contra su voluntad sin poder estar sin caerse y por donde quiera que fuese iría saltando.

Dicen que los caciques antiguos hacían suelas de este hule para hacer burla de algunos truhanes, chocarreros, enanos o corcovados y lo tenían por pasatiempo. Algunos españoles de nuestros tiempos lo han usado para capas agua-

deras, porque untando una capa aguadera de cañamazo de este hule no le pasa el agua, pero que le dé el sol no es bueno porque lo derrite y lo hace pegajoso; no se pueden echar al fuego las capas aguaderas sin que se derrita este hule, por esta causa se hace pegajoso, lo que no haría si fuese untado con la leche recién sacada del árbol; finalmente que este árbol es de mucho aprovechamiento.

Hay el árbol del bálsamo que se trae de Quauhtemalla, que por no estar bien informado de él no hacemos larga relación; es licor y bálsamo muy provechoso para heridas, es odorífero en gran extremo y es de mucho precio y valor. Lo mismo la resina de Tecomahaca, que se cría en Colima y Zacatula, que aprovecha para muchas cosas medicinales. Y el tecopale y xochicopale que son a manera de incienso de muy buen olor, y lo que llaman caraña axin, y sus aceites y de su árbol y pastas, que sería necesario para tratar de estas cosas y secretos de naturaleza hacer un libro particular de ello y así lo dejamos, pues llevó de esto grandes relaciones el protomédico que el rey nuestro señor envió a esta partes, a sólo saber las propiedades de los animales que había en esta tierra y

de las aves y pescados y de las raíces y medicamentos de los indios que antiguamente usaban y de las yerbas y raíces con que se curaban, que parte de ellas descubrimos y con diligencia hecha de nuestra parte enviamos a don Martín Enríquez, gobernando en esta tierra porque así su majestad lo había mandado.

Y así no trataremos de esto tan largamente como el tiempo y lugar nos ofrecía, sólo diré del árbol del yolloxóchitl que es un árbol muy alto y derecho que tiene las hojas como de sidra aun más tiesas y lisas, lleva una flor parecida a un corazón que los indios le llaman yolo-xúchitl, que es interpretado en nuestro romance castellano como, la flor del corazón. Y así dicen los naturales que esta flor les conforta los corazones; su olor trasciende mucho porque es de viva fragancia y suavidad y una de estas flores, puesta en un aposento, trasciende su olor y da alegría y contento do quiera que está; es más vivo y suave que el olor en un melón muy sazonado y maduro.

Lo mismo podremos decir del árbol llamado yeloxochiquahuitl, que tiene las hojas muy anchas y es muy alto, a manera de pino; echa de sí una flor, con forma de una mazorca de

maíz prolongado, y así lo llaman los indios: flor de mazorca verde. Es una flor cerrada que las hojas de encima son verdes y las de dentro blancas; es flor de muy suavísimo olor que trasciende mucho y adonde quiera que está da muy gran suavidad; tiene el olor de rosas de Alexandria y de azucenas y otros olores muy suaves, de diferentes olores, varios y singulares, que no le hallo comparación. Es flor de mucha estima, y a la vista tan agradable que se pueden dar muchas e inmensas gracias a dios que hizo tantas cosas para consuelo del hombre, y hay tanta variedad y maneras de flores en estas partes, que no se pueden acabar de conocer ni decir.

Trataremos en este lugar y haremos relación particular de la grana cochinilla que asimismo ofrecí a su majestad, el rey don Felipe nuestro señor, y de algunas flores que los indios estimaban y tenían en mucho, en un libro pequeño donde hacían demostración con pinturas y colores de sus formas y hechuras y propiedades, aunque no irán aquí tan en forma, porque sólo sirve este libro por original y memorial de las cosas de que informamos e hicimos relación, por si en algún tiempo algunos que más curiosamente lo quisieren escribir o tratar lo hallen

aquí sin ningún trabajo, y así de mi parte dejo de escribir muchas cosas porque otros las tienen escritas con más estudio y cuidado; y así las cosas que trato son las cosas que he visto y oído de personas fidedignas, calificadas y auténticas y así las que voy tocando sucintamente y de pasada, que no las tratara si no fuera por haberseme encargado, como al principio de esta relaciones lo refiero.

La grana cochinilla es de color de purpúrea roja colorada, de color de sangre; algunas gentes la llaman carmín y otros carmesí, color que los indios tenían en su antigüedad en muy gran estimación para teñir ropajes y pelos de animales, de liebres y de conejos, porque no alcanzaban seda ni la conocían; así no tenían sino ropas de algodón e hilos y cosas de pluma según su modo antiguo, y después de la venida de nuestros españoles la han tenido y estimado en más por ser uno de los principales tratos de esta tierra para los reinos de Castilla. Habíala en esta tierra en la provincia de Tlaxcalla y era la mejor y mayor, más ancha y de más tinta subida y fina. Habíala en la Misteca y en Calpan y Huexotzinco y en Tecamachalco, y aunque la había y hay en otras

provincias de esta tierra, era de la grana silvestre como adelante diremos.

Y ésta que se tiene por buena, los naturales la labraban y cultivaban con cuidado y gran beneficio; la tenían en huertos cercados y guardados de sabandijas y musarañas que la dañifican y comen, con otros muchos contrarios. Plantábanla en esta forma; es un árbol grueso y feo, fofo de pie y de cepa parda, y sus hojas anchas y gruesas, húmedas y aguañosas, a manera de la siempreviva, que cada hoja de este árbol que los naturales llaman nopalli y que los españoles llaman árbol de tuna o tunal, que es nombre tomado de los indios de la isla Española y Cuba, y en esta tierra se llama nohpalquahuitl y nopalli, y habiendo los españoles corrompido su propio nombre se llama nopal. Y como vamos diciendo, cada hoja de este árbol nopalli será poco más de un palmo de largo y de ancho un jeme y de grosor un dedo; es verde y espinosa, de espinas recias y agudísimas, poco menores que una aguja de labrar. Sus espinas están en medio de la hoja de la tuna, por gran orden de naturaleza, a trechos pequeños y puestas de tres en tres juntas, son muy enconosas.

Será este árbol de altura de más de un estado, es copado y tiene muchas ramas y es aparrado y gran ruedo; en algunas partes se crían más altos y los campesinos son de mayor altura que un hombre de a caballo; llevan unas tunillas mayores que un higo, son coloradillas y es el fruto que dan estos nopales, tunas comestibles. Chapódanse estos árboles de dos a dos años y echan renuevo de hojas, en las cuales se cría la grana cochinilla, la cual es cosa viva, a manera del gusano de la seda en cuanto al sustento, porque se cría con este nutrimento de la hoja del nopalli, porque no come otra cosa, y es su principal sustento; y así por secreto de naturaleza cría en sí aquella color de sangre por la correspondencia que tiene de la fruta que es colorada y de color de sangre siendo todo el árbol y sus hojas verdes; diferentes de las tunas comestibles, de diversos y diferentes sabores, colores y olores, porque las hay blancas y amarillas, coloradas, encardenadas y entreveradas de blanco y colorado, dulces y agrias.

Y cada color de éstas son de diferentes gustos y olores, según el color que dios les dio que es una de las grandes maravillas que en esta

fruta puso; y sobre todas estas tunas son las blancas, en color y olor las mejores y más estimadas, sabrosas y olorosas y dulces, que tienen el olor de camuesas de Castilla. Otras tunas de este natío que se dan en el tunal grande de los chichimecas, que nuestros españoles los llaman duraznillos, son sobre todas las tunas, porque la cáscara así lo parece. Son tunas campesinas que la tierra las produce en el tunal grande de los chichimecas, de que aquella gente se sustenta en una temporada del año; que tiene este dicho tunal, según los que lo han andado y mercado, más de cien leguas de longitud y de altitud poco más de ochenta leguas en partes que tiene su longitud del este oeste.

En este monte de tunas hay diversidades y maneras de ellas, y en el perímetro de todo este tunal hay arroyos y aguas que lo atraviesan por muchas partes, según dicen nuestros españoles que lo han pisado y atravesado. Hay tunas que llaman cardona y las camuesas blancas y amarillas y taponas en este tunal grande. Y según yo lo he visto, algunas partes donde hay asimismo cochinilla y grana silvestre que si se beneficiase sería tan buena como la que se cultiva, aunque no se ha experimentado y con todo

esto me parece que es otro género la que tenemos entre manos en lo de Tlaxcalla.

Dijimos que la grana cochinilla era de la manera del gusano de la seda, porque come de la hoja de la tuna, se sustenta de ella y le desnutrimenta hasta que crece y muere, porque como está dicho, es cosa viva y de la forma de un gusanito redondo algo prolongado, con unas arrugas en medio. Este gusano se va criando en la propia hoja de la tuna desde que revienta la madre que echa un millón de hijuelos que son tan chiquitos como unos aradores y, antes que revienten las madres, la cogen los naturales estando en su plenitud, que entonces está de sazón para poderse coger; son los hijuelos de la hechura de un piojo, blanquitos por encima y colorados por dentro.

No hemos podido saber de dónde tomó nombre de cochinilla porque los naturales le llaman tlapalli, que es nombre que quiere decir color, y nocheztli, que quiere decir sangre de tuna. Finalmente que reventando el gusano salen luego los hijuelos y se van por todo el tunal enjambrando y cundiendo por todo el árbol y árboles por grandes que sean, y así que para echar de esta semilla y pasarlo en un tunal nue-

vo, las llevan en unas hojas de tuna y las van poniendo en las horcajaduras de los árboles, en pencas de la dicha tuna, y desde allí va cun- diendo todo el árbol y por todo el huerto. Y de algunos de estos gusanos, así reventados, sa- len una maripositas blancas que engendran en las hembras esta cochinilla; y esto es cosa no- toria y averiguada entre los naturales que la tra- tan y benefician y no hay que dudar ni reparar en esto; es negocio que tenemos cada día pre- sente la averiguación de ello.

Plántase la tuna, árbol del nopal, de la suer- te que aquí diremos; es de saber que los árbo- les se suelen chapodar de dos a dos años y de más y menos tiempo, según la fertilidad de la tierra, y así cuando los árboles se chapodan, la que ha de ser planta, que tenga tres hojas. Y antes que la planten está quince o veinte días en el sol olvidada, donde se le consume parte de la mucha humedad que tiene, hasta que la planta y hojas quedan lacias y arrugadas, lo cual se hace porque si se plantase luego, con la hu- medad grande que tiene, se pudriría la planta. De manera que para plantarla con sazón, ha de estar la penca lacia y consumida de la hume- dad, y de esta manera se va plantando de tres

en tres hojas, que una hoja queda metida en la tierra y las dos pencas fuera de ella. Y luego, al primer año, lleva renuevo y a los dos años le pueden echar la semilla y con esto empieza a criarse la cochinilla.

Lleva el compás de la planta, de a dos varas de planta y planta y poco más, de manera que se pueda entrar por el tunal libremente para limpiarla y beneficiarla. Ha de tener el suelo muy limpio y cada pie aporcado y allegado de tierra, y las hojas limpias de telarañas, lagartijas, salamanquesas y de otras musarañas; y ordinariamente han de estar al beneficio de esta agricultura y no dejarlo de la mano y por ser cosa muy delicada y prolija de beneficiar, no la benefician nuestros españoles. Tiene dos y tres cosechas esta grana en cada un año, conforme a la fertilidad de la tierra donde se cría y está. Hay nopales de dos y de tres maneras y los más preciados, que tienen por de mejor bicuño (?), es el nopal que los indios llaman quetzalnopalli y el que llaman tomohtli; el quetzalnopalli tiene la hoja muy verde y delgada más prolongada que el tomohtli, y el nopal que llaman tomohtli tiene la hoja verde oscura y gruesa; mas todos los nopales llevan la fruta de una manera colorada.

Plántanse estas hojas, cuando se ponen, el anchor de la hoja de frente a donde sale el sol, reparándolas del aire del norte, porque luego la cochinilla, por su naturaleza, va buscando su abrigo para que el aire, agua o granizo no le ofendan, y así se enjambra y pone debajo de la hoja de la tuna. Y como el árbol se va criando, los naturales van torciendo las hojas, inclinándolas a la parte donde pueda dar abrigo, de manera que la cochinilla pueda hallar siempre su reparo y defensa.

EL ARRIBO DE HERNÁN CORTÉS Y SU HUESTE. LA CONVERSIÓN DE LOS TLAXCALTECAS

Y así como Cortés llegó con su armada a esta costa, por voluntad divina fue hallado Jerónimo de Aguilar, el cual salió con gran muchedumbre de canoas a la armada de los cristianos, con acuerdo y mando de su amo y de los otros caciques de aquella tierra, con una cruz de caña y una banderilla alta, dando grandes voces y diciendo al de la capitana: ¡Cruz! ¡Cruz! ¡Cristiano! ¡Cristiano! ¡Sevilla, Sevilla!, voces que despertaron gran admiración a los de la armada; mas llegados al fin de este negocio se llegaron a las naos, tomando ante todas las cosas la fe de Cortés que no enojaría a los de aquella tierra, antes los trataría como amigos, porque lo principal que aquellas gentes trataron con Jerónimo de Aguilar fue que a sus hermanos no los enojasen, lo cual se hizo así y se cumplió.

Tornando a nuestro fin y principal intento, hallada Malintzin para instrumento de tanto bien, Hernán Cortés la recibió y trató como a cosa que tanto le importaba, la sirvió y regaló tanto cuanto humanamente se pudo hacer; y para que fuese bien tratada, la dio Hernán Cortés en guar-

dia a Juan Pérez de Arteaga, un soldado muy noble de la compañía, que después fue llamado Juan Pérez Malintzin, a diferencia de otros de este nombre Juan Pérez; y como la Malintzin no sabía más lengua que la mexicana y la de Olotla y Cozumel, hablábala con Aguilar, y el Aguilar la declaraba en la lengua castellana; de suerte que para interpretar la lengua mexicana, se había de interpretar por la lengua de Olotla o de Acozamilco con Aguilar y Aguilar la había de convertir en la nuestra, hasta que la Malintzin habló la nuestra.

Habiendo pues tomado Cortés la razón de toda la tierra y de la grandeza y majestad de Motecuhzomatzin y de sus contrarios, estando en Cempohuallan escribió una carta a la provincia de Tlaxcalla, a los cuatro señores de ella, diciéndoles cómo él había llegado a esta tierra con gran deseo de verlos y conocerlos y ayudarles en todos sus trabajos y necesidades; que bien sabía estaban apretados y opresos de las grandes tiranías de los culhuas mexicanos, y que él venía en nombre de un gran señor que se llamaba el emperador don Carlos, y que traía consigo al verdadero dios, porque los dioses que ellos adoraban eran falsos y hechos a mano y por

manos de hombres mortales; y que el dios que él y sus compañeros adoraban era el que había criado el cielo y la tierra, y todo lo que en él había, y que allí les enviaba un sombrero y una espada y una ballesta para que viesen la fortaleza de sus armas, las cuales traía para socorrerlos y favorecerlos como a hermanos contra aquel cruel tirano y fiero carnicero de Motecuhzoma, porque él sabía que los tenía muy enojados.

Estas cosas y otras de gran persuasión contenía la carta; pero como no sabían leer, no pudieron entenderlo. Los mensajeros que la traían dijeron de palabra estas razones relatadas, porque Malintzin se las dio bien a entender para que de palabra, así lo dijese a los señores y caciques de Tlaxcalla. Y como llegasen los mensajeros cempohualtecas dieron la carta, y espada y ballesta y sombrero de seda carmesí, que antiguamente se usaban unos chapeos velludos de seda, y con estas cosas y otras que los mensajeros añadieron, pusieron extraña alteración a toda la república de Tlaxcalla.

Y ayuntados los cuatro señores de las cuatro cabeceras, y los más principales y demás caciques, sobre qué se determinaría en este caso, si por ventura matarían a los mensajeros de

Cempohualla, por ser como eran vasallos de mexicanos, no viniesen de industria con asechanza de parte de los culhuaques mexicanos, o si era prodigio y abusión de alguna mala nueva; y estando en esta consulta, salió resuelto de que no los matasen, sino que dijese a aquellas gentes que eran tenidos por dioses que fuesen bienvenidos, que cuando les pareciese venir a su tierra, que serían bien recibidos. Y en este ayuntamiento, dijo el gran Xicotécatl a Mexixcatzin y a Citlalpopocatzin y a Tlehuexolotzin:

“Ya sabéis, grandes y generosos y señores, si bien os acordáis, cómo tenemos de nuestra antigüedad, cómo han de venir gentes de la parte de donde sale el sol, y que han de emparentar con nosotros y que hemos de ser todos unos, y que han de ser blancos y barbudos, que han de traer librillos en las cabezas por gobernaturas, y que han de ser zancudos, y que han de traer armas muy fuertes y más fuertes que nuestros arcos, por la ballesta que así la llamaban, que no las podemos enmarcar, y con espadas de delicados filos; que nuestras armas con éstas, no son tenidas ni estimadas en nada; éstos son y éstos nos vienen a buscar, y no son otros. ¿En qué mejor tiempo que éste pueden

venir, que llevamos de vencida a la provincia de Huexotzinco, que los tenemos arrinconados en las faldas de la Sierra Nevada, y desde allí están pidiendo socorro a Motecuhzoma? No curemos de más venganza de estos dioses u hombres, veamos qué es lo que pretenden y quieren, porque las palabras con que nos saludan son de mucha amistad, y bien deben saber nuestros trabajos y continuas guerras, pues nos lo envían a decir”.

Y con esto los mensajeros se volvieron a Cortés, y en el ínter los sacrificios a sus dioses y infernales ritos y supersticiones no cesaban, antes con más fervor y cuidado los hacían. Ya en este tiempo los dioses mudos se caían de sus lugares: había temblores de tierra y cometas del cielo que corrían de una parte a otra por los aires; los grandes llantos y lloros de niños y mujeres, de gran temor y espanto de que el mundo parecía que se acababa, que no hay lengua ni pluma que lo pueda ponderar ni encarecer; y como Cortés no hacía sino marchar, llegó a los confines y términos de esta provincia su gente buena y católica compañía, a donde fueron recibidos con guasábara y escaramuza y gran aspereza de guerra, donde mataron a un

español y dos caballos y como atrás dejamos declarado, por los indios otomíes de Tecohuactzinco, guardarraya y fronteros, que guardaban aquella frontera.

Mas sabido por los de Tlaxcalla, les fue mandado y enviádoles mensajeros, los cuales fueron Coztómatl y Tolinpanécatl, que no los enojasen, y que los dejaran pasar por donde quisiesen. Y así fue que habiendo estado algunos días en este pueblo de Tecohuactzinco, se movieron de allí y se vinieron a Tlaxcalla, donde el gran señor Xicoténcatl recibió a Cortés y a sus compañeros en paz, cuyo recibimiento fue el más solemne y famoso que en el mundo se ha visto ni oído, porque en tierras tan remotas, extrañas y apartadas, nunca a príncipe del mundo se había hecho otro tal, porque salieron los cuatro señores de las cuatro cabeceras de la señoría y reino de Tlaxcalla con la mayor pompa y majestad que pudieron, acompañados de otros muchos tecuhtles y piles y grandes señores de aquella república, más de cien mil hombres que cubrían los campos y calles, que parecía cosa increíble.

El primer recibimiento se les hizo en Tzompantzinco, lugar muy principal de Tlaxcalla, y

allí fue recibido Cortés por los principales de aquel pueblo: de allí pasaron los nuestros a otro lugar muy grande que llamaban Atliguetzan; de aquí salieron otros tecuhtlis y piles de muy gran valor y estima, como Pitecuhtli acompañado de gran muchedumbre de gente. Y de este lugar bajaron a Tizatla, que es el lugar de la cabecera de Xicoténcatl; por ser muy viejo, no salió de su casa más que hasta un patio donde había unas gradas de poca bajada; mas aquí estuvieron todos los demás señores de las cabeceras, que eran Maxixcatzin, Citlalpopocatzin, Tlehuexolotzin y demás señores al respecto, para hacer este tan solemnísimo recibimiento.

Llegados los nuestros, puestos en ordenanza adonde habían de ser recibidos, llegó Xicoténcatl a abrazar a Hernán Cortés y hacerle la salva como en efecto lo hizo; mas Cortés, como hombre sagaz y astuto y no en ninguna cosa descuidado, asimismo le abrazó, mas siempre con gran recato le asió de la muñeca del brazo derecho y no se consintió apretar el cuerpo, y de esta forma y término lo hizo con Maxixcatzin, Citlalpopocatzin y Tlehuexolotzin. Hecha esta ceremonia tan famosa, se fueron Cortés y Xicoténcatl y Malintzin mano a mano

hasta donde habían de ser alojados y aposentados, tratando de su venida y de cómo los venía a visitar y ayudar en todo lo que se le ofreciese, y a castigar a Motecuhzoma, su capital enemigo, y toda la demás gente de Culhua, que en aquella sazón prevalecía y predominaba en toda la máquina de este nuevo orbe, donde era tan temido, adorado y reverenciado como si fuera su dios, teniendo señorío, poder y mando en este remoto y apartado imperio y monarquía, sobre todas las naciones de estas tan extrañas partes.

Aposentados, como referido tenemos, los nuestros en los palacios de Xicoténcatl, con mucho cuidado fueron de él regalados y servidos, donde dieron a Cortés muchas joyas de oro y pedrería de gran precio y valor, y muchedumbre de ropa de algodón muy ricamente labrada de labor tejida, y otras ropas de plumas de estima, y gran suma de bastimentos de aves, gallinas y codornices, liebres y conejos, venados y otros géneros de caza, que son y eran de las carnes que usaban comer los señores de esta tierra, como el maíz y frijol y otras legumbres de la tierra. Finalmente se les dio todo lo necesario para el sustento de los nuestros. Luego a

los principios, en el pueblo y lugar de Tecohuactzinco en la provincia de Tlaxcalla, entendieron los naturales que el caballo y el hombre que iba encima era toda una cosa, como los centauros u otra cosa monstruosa, y así daban ración a los caballos, como si fueran hombres, de gallinas y cosas de carne y pan.

Este engaño duró muy poco, porque luego entendieron que eran animales irracionales y que se sustentaban de yerbas y en el campo, aunque también estuvieron mucho tiempo en opinión de que eran animales fieras que se comían las gentes, y que por esta causa decían que los hombres blancos les echaban frenos en las bocas y los traían atraillados con traíllas de hierro. Y cuando acaso algún caballo traía la boca ensangrentada, decían que se había comido a algún hombre; de manera que sospechaban que eran de tanto entendimiento, que los mandaban los dioses para lo que habían de hacer, sin entender el secreto del gobierno del freno y las espuelas; y así cuando relinchaba un caballo, decían que pedía de comer y que se lo diesen luego no se enojasen: y de esta manera procuraban tener contentos a los caballos, darles de comer y de beber muy cumplidamente.

Ante estas novedades y de casos no vistos, venían gentes forasteras y extrañas secretamente a saber lo que pasaba, y qué gentes eran éstas que habían venido, de dónde y de qué parte y qué cosas eran las que traían. Y los de Tlaxcalla les decían muchas más cosas de las que pasaban, para darles temor y espanto y que publicasen estas cosas en toda la tierra, como en efecto pasó, y se decía afirmativamente que los nuestros eran dioses y que no había poder humano para que pudiesen pugnar contra ellos, ni quien los pudiese ofender en el mundo ni enojarlos.

Estando pues los nuestros en este buen alojamiento, presentaron a Cortés más de trescientas mujeres hermosas y de muy buen parecer y muy ataviadas, las cuales las daban para su servicio, porque eran esclavas que estaban dedicadas para el sacrificio de sus ídolos y estaban condenadas a muerte por excesos y delitos que habían cometido contra sus leyes y fueros; y pareciendo a los caciques que no había adonde mejor emplearlas, las dieron en ofrenda y sacrificio a los nuestros. Ellas iban llorando su gran desventura de padecer crueles muertes, considerando el cruel sacrificio que habían de

padecer, y que después de muertas se las comerían los dioses nuevamente venidos.

Algunos han querido afirmar en este particular, que estas mujeres eran hijas de señores y principales, lo cual no pasaba así, porque de su antigüedad tenían esclavos y esclavas habidas en despojos de guerra y de gentes extranjeras venidas y traídas de otras naciones, y esta esclavonía sucedía en los hijos e hijas de los esclavos y esclavas, y pasaba muy adelante esta sucesión hasta bisnietos. Finalmente, que estas trescientas mujeres se dieron y ofrecieron al capitán Cortés para que le sirviesen a él y a sus compañeros; y al tiempo que se las presentaron no las quiso recibir, porque en su religión cristiana no se permitía aquello, porque si no fuesen cristianas bautizadas no se podía hacer, y cuando esto hubiese de ser, había de ser para tomarlas por su única mujer y compañía por orden de la Santa Madre Iglesia; que no las podían tener porque su ley lo vedaba, como adelante mediante nuestro señor lo verían.

Mas a pesar de esto, con grandes ruegos y persuaciones las recibió, a título de que se recibían para que sirviesen a Malintzin, advirtiendo que se sienten mucho los indios cuando no

les reciben los presentes que dan, aunque sea una flor, porque dicen que es sospecha de enemistad y de poco amor y poca confianza del dante y del que presenta la cosa, que así se usaba entre ellos. Cuando así había una mujer principal, la acompañaban muchas mujeres para que la sirviesen; de manera que se quedaron en servicio del capitán Cortés para que acompañasen y sirviesen a Marina, y así se quedaron en servicio del capitán y de sus compañeros, los cuales, como referido tenemos, se quedaron éstas y otras muchas que después les dieron hasta que adelante, viendo que algunas de estas esclavas se hallaban bien con los españoles, los propios caciques y principales daban sus hijas propias con propósito de que si acaso algunas se empreñasen, quedase entre ellos generación de hombres tan valientes y temidos.

Y así fue que el buen Xicoténcatl dio una hija suya, hermosa y de muy buen parecer, a don Pedro de Alvarado por mujer, que se llamó doña María Luisa Tecuilhuatzin, porque en su gentilidad no había más matrimonio que el que se contraía por voluntad de los padres, y así daban sus hijas a otros señores, que aunque se

usaban muchas ceremonias de sus ritos gen-
tílicos, como atrás lo dejamos declarado, los se-
ñores absolutamente tomaban las mujeres que
querían, y se las daban como a hombres pode-
rosos; y por esta orden se dieron muchas hijas
de señores a los españoles, para que quedase de
ellos casta y generación por si se fuesen de esta
tierra.

Llamaron los naturales a Hernán Cortés
chalchiu capitán, que quiere decir tanto como
si dijésemos capitán de gran estima y valor, y
éste es el natural sentido que se le daba, por-
que el chachihuitl es de color esmeralda, y las
esmeraldas son tenidas en mucho entre los na-
turales, son muy preciadas, y así compararon
la persona de Cortés a estas piedras, llamándo-
le chalchiuh capitán, comparando al buen es-
pañol con los chalchihuites y esmeraldas, como
si ahora dijésemos esmeralda capitán o muy
preciado caballero, llamándole así por excelen-
cia chalchiuh capitán. Por lo consiguiente, lla-
maron a don Pedro de Alvarado el sol, porque
decían que era hijo del sol por ser rubio y colo-
rado, de muy lindo rostro, donaire y disposi-
ción y buen parecer, y así entre los naturales
no le daban otro renombre, porque después del

capitán Hernán Cortés no hubo hombre más querido ni amado de los naturales que don Pedro de Alvarado, especialmente entre los de Tlaxcalla.

Y como estuviesen en este buen acogimiento en las casas y palacios del gran Xicoténcatl, procuró Maxixcatzin, con grandes ruegos, que Cortés y toda su gente se pasasen a su barrio y cabecera y a sus casas, que allí le serviría y regalaría, que es en el barrio y cabecera de Ocotelulco; lo cual Cortés le agradeció mucho y se pasaron a su señoría y cabecera él y sus compañeros, así por darle gusto y también porque así le convenía dar contento a todos y ganarles la voluntad, particularmente a este Maxixcatzin. Allí tuvieron descanso algunos días, con mucho regalo y regocijo, con buenos entretenimientos de fiestas a su usanza de ellos. Al cabo de todo esto y pasadas sus fiestas, habiéndose congregado los cuatro señores de las cuatro cabeceras y demás principales y caciques, procuraron tratar con Hernán Cortés; con palabras blandas y amorosas de persuasión le rogaron y suplicaron, con mucho encarecimiento, diciéndole de esta manera:

“Pedímoste por merced, valeroso capitán, único señor de los hombres blancos y barbu-

dos, que ya que os tenemos por hermanos y por muy verdaderos amigos y aun por hijos, que nos hagáis tanta merced que os declaréis con nosotros en decirnos y declararnos sin doblez ninguna, sino sencillamente y con abierto pecho y claras entrañas, ¿qué es lo que buscáis y lo que queréis?, ¿qué es vuestro designio y principal propósito, y a qué habéis venido a nuestra tierras? Porque ya nosotros aquí estamos y aquí nos tenéis en paz y a vuestra voluntad y limpia y segura amistad, con fe y palabra inviolable de que os tenemos por amigos, con presupuesto de jamás quebrantarnos a nosotros, ni a los nuestros, ni a nuestros hijos. Decidnos ahora debajo de esto vuestra voluntad y de toda la realidad de la verdad, primeramente si sois verdaderamente hijos de dios y si sois hombres mortales como nosotros, ¿o si tenéis alguna deidad, o si sois dioses y de qué partes del mundo sois venidos y a dónde vais, qué viaje es el que os ha traído y si es cierto que habéis bajado del cielo como se ha imaginado? Desengañadnos de todo punto, porque queremos estar desengañados, seguros y satisfechos, porque sabido vuestro intento, aquí nos tenéis para todo lo que quisiéredes hacer e

intentar, nos hallaréis muy prontos y aparejados para todo.

“Y si habéis de pasar adelante, os daremos avío y todo lo necesario para el matalotaje; o si traéis intención de vivir entre nosotros, mirad adonde os parece buen sitio para hacer vuestro asiento y dónde estaréis mejor acomodados, porque os daremos tierras, aguas y montes y os ayudaremos a hacer vuestras casas para que podáis vivir a vuestro contento; y cuando esto no sea de todo lo que os preguntamos, decidnos si nos traéis alguna embajada de los altos soberanos dioses a cuya deidad estamos sujetos: decidnos y declaradnos la verdad, que a cualquiera cosa que se nos dijere de parte de ellos, estamos muy prestos para lo cumplir, así por guerras como por sacrificios y otro cualquier modo y manera que lo tienen ordenado, según fuere su voluntad, pues la nuestra bien la sabéis y la habéis conocido, que de ilustres y nobles caballeros es declararse con los amigos, y aun con los enemigos”. A las cuales razones que Xicoténcatl y Maxixcatzin hubieron hablado, respondió Cortés mediante y por lengua de Malintzin y de Jerónimo de Aguilar, diciendo a los cuatro señores de las cuatro cabeceras:

“Yo os agradezco mucho, generosos señores y amigos míos, vuestra lealtad y amigable voluntad: bien parece vuestro principado ser de mucha alteza, estima y gran valor, y pues así es, y queréis saber particularmente de mí y de mis compañeros quién somos y de dónde y de qué parte venimos, justa razón pedíais y es muy bien que se os diga, y estéis desengañados de las dudas en que estáis y de las cosas que ignoráis. Habéis de saber que mis compañeros y yo somos venidos de muy lejanas partes y de tierras muy remotas y apartadas de ésta; y nos llamamos cristianos, porque lo somos por ser hijos del verdadero dios, de aquel que creó el cielo y la tierra y todas las demás cosas que en el mundo hay y se ven, y somos venidos de parte del emperador don Carlos, que es muy gran señor, el cual me ha enviado a visitaros, porque sabe y entiende la necesidad en que estáis, así de fe como de fuerzas temporales, y para que también os demos noticia, dándoos a entender cómo no hay más de un solo dios verdadero, porque todos los demás que tenéis y adoráis por dioses son dioses falsos y de mentira, llenos de vanidad, obrados y hechos por manos de otros hombres bestiales y torpes, al fin

son dioses mudos e insensibles que no se mueven.

“Y así su ser es compuesto y es de ninguna fuerza, valor, ni de ningún efecto, para lo cual soy venido a desengañaros del engaño en que vivís y habéis estado, y a traeros y daros otra ley mejor que la vuestra, porque es la del verdadero dios, limpia y clara, sin ningún género de engaño ni duda, fuera de tanta burlería de sacrificios crueles y abominables, como son los que usáis en vuestro ritos; y asimismo os vengo a declarar y a decir cómo después de esta vida hay otra que es eterna y sin fin, cuya claridad os será mostrada y enseñada por los ministros de dios, para que estéis enterados de las cosas de nuestra santa fe católica, que para ello el gran señor de cuya parte soy venido os enviará muy en breve tiempo. Y así os ruego y amonesto que tengáis por bien, sin recibir pesadumbre alguna, pues tanta amistad me tenéis, de que quiero derribar estos vuestros ídolos, los que tenéis y adoráis por dioses, que os tienen ciegos y engañados.

“Que ésta ha sido mi principal venida, y después de esto vengo a ayudaros y a dar muy cruda guerra a Motecuhzoma, vuestro capital ene-

migo, y vengar injurias, en cuya venganza y castigo veréis que mi amistad es firme y muy verdadera, para después de vengados de vuestros crueles adversarios y enemigos, vivir con descanso entre vosotros, sin jamás desampararos. Querría sacar de esto, generosos señores, que os persuadiédes a querer seguir ante todas cosas mi sacra religión, santísima ley y fe verdadera, que es la del verdadero dios Jesucristo nuestro señor, unigénito hijo de dios y salvador del mundo, y que os bautizasen con el agua del Espíritu Santo, para que quedasen lavados y limpios de todas vuestras culpas, mancillas y pecados, y con esto tendré por cierto que me queréis bien, y con este vínculo de amor quedará confirmada nuestra amistad para siempre jamás.

“Y llamaros cristianos, como yo me llamo y se llaman y apellidan todos mis compañeros, que es el más alto blasón, renombre y apellido que podemos tener, porque es derivado y tomado del santísimo nombre del hijo de dios verdadero, Jesucristo nuestro señor y redentor del género humano; y que con esto, cesasen los crueles y horribles sacrificios y endemoniados ritos que tenéis, y que con esto diesen de mano al demonio que os tiene ciegos y engañados,

dando al través con todas estas cosas que el enemigo del género humano con sus malicias y astucias os ha incitado, que no viviesen más en el engaño que vosotros y vuestros antepasados vivían y hasta ahora habéis vivido.

“Olvidad y desarraigad de vuestros corazones tan gran engaño y torpeza y error, destruyendo totalmente el nombre que tenéis de idólatras, sacrificadores y comedores de carne humana y de vuestras propias carnes y sangre; cuyos nefandos y aborrecibles pecados e infernales hechos son reprobados entre hombres de razón y de ley de naturaleza, porque un crimen tan atroz y uso tan crudelísimo y aborrecible entre todas las generaciones del mundo, pésimo y detestable y de tan horrenda abominación, jamás se ha visto, ni oído, ni hallado en todas las naciones del universo, que los fieros animales aborrecen comerse unos a otros, siendo gobernados tan solamente por instinto natural, como más largamente os podría decir y traer otros muchos más ejemplos con urgentísimas razones, las cuales dejo de explicaros y por dar fin a mi respuesta.

“Por tanto, generosos señores y amigos míos, pues me habéis pedido razón de mi veni-

da y yo os he querido satisfacer, yo os la he dado muy por extenso sin haberos ocultado cosa alguna, sino que clara y abiertamente os he descubierto mi pecho, y así lo podéis decir e informar a todas vuestras gentes; y a aquellos que quisieren seguir mi amistad y venirse de paz y tornarse cristianos y ser del gremio de la Santa Madre Iglesia de Roma, y recibir el verdadero bautismo, serán libres del demonio y seremos todos unos e incorporados en un gremio. Y en lo que toca a decir que si somos dioses o si somos hombres, sabed y tened por cierto que no somos dioses sino hombres humanos y mortales como vosotros, pero la ventaja que tenemos de los otros hombres sólo es en ser como somos cristianos, por servir como servimos a un solo dios verdadero; y la diferencia que hay entre nosotros y vosotros es que vosotros servís a las estatuas e ídolos, semejanzas del demonio, y nosotros servimos al dios que crió el cielo y la tierra, como os lo tengo significado desde el principio de mi plática”.

Con lo cual acabó el valeroso capitán con semblante muy severo, y así quedaron y estuvieron los cuatro señores de las cuatro cabeceiras de la señoría de Tlaxcalla, absortos, admi-

rados y suspensos de las cosas que el buen capitán les había dicho y respondido. Habiendo estado muy atentos a todo, y habiendo oído tan blandas y tan amorosas palabras, tan vivas y de tan grande eficacia, que les penetraban los corazones infundiendo en ellos milagrosamente la gracia del Espíritu Santo, y estando llenos de esta plenitud, respondieron muy tiernamente y lagrimosos a éstas y tan profundas palabras, diciendo de esta manera:

“¡Oh valeroso capitán y más que hombre! Verdaderamente no podemos creer sino que sois hijo de los dioses y el más valiente y esforzado príncipe de la tierra, y gran señor de los hombres blancos y barbudos, y el más temido varón que hasta hoy hemos visto los nacidos, ni oído en el mundo, ¿cómo deshaces y tienes en poco con tan gran atrevimiento la deidad de nuestros dioses y suma alteza de aquellos que desde el cielo gobiernan la tierra? ¿Por ventura nos hablas por engaño o cautela, para que ignoremos que no sois vosotros los que habéis bajado del cielo para remedio a los hombres que vivimos en la tierra? Declaraos ya con nosotros, y no queráis que con torpe engaño caigamos en otros mayores errores; porque si así es como

decís, que no hay más que un solo dios, y que todos los demás son compuestos y fabricados por manos de hombres, y que no hablan ni se mueven, y que son estatuas sin sentido, así es verdad, y te lo concedemos y confesamos.

“Mas estos bultos y estatuas a quienes servimos y adoramos son imágenes, figuras y simulacros de los dioses que en la tierra fueron hombres, y por sus hechos heroicos y famosos subieron al cielo, allá adonde viven en eterno descanso, como ahora vosotros que sois como dioses, que quedando acá sus estatuas entre nosotros, se fueron a residir a sus lugares y moradas de gozo, adonde viven con descanso, y desde allá nos envían a la tierra con sus divinas influencias, con su virtud y gran poder todo lo necesario, viendo que sus bultos y figuras son adoradas de las gente. Y así no sabemos, ilustre capitán, cuál es la causa que traéis inclinado contra ellos, por qué nos dices y amonestas que no hay más de un dios, y que es éste creador del cielo y de la tierra, que es el verdadero, y que a éste sirven y adoran tú y tus compañeros, y a éste nos persuades que creamos, y que creyendo en él, seremos todos unos, echándonos agua en las cabezas en nombre y virtud de ese mis-

mo dios, y que nos llamaremos cristianos, quedando con esto limpios y lavados de nuestras culpas y pecados, y que seremos hijos suyos.

“Y que porque éste tenga efecto y sea válido, que ante todas cosas hemos de consentir que nos derribes y desbarates nuestros ídolos, que son semejanzas de nuestros dioses a los cuales adoramos y reverenciamos de tantos siglos atrás nosotros y nuestros antepasados, que con tanta religión observaron y guardaron en el culto de ello, ¿cómo quieres tú que con tanta facilidad los dejemos y que consintamos que con tus violentas y sacrílegas manos te dejemos profanar los dioses que en tanto tenemos y estimamos? Valeroso capitán, para qué quieres mover ahora negocio tan intratable alterando los corazones de los nuestros en querer intentar un caso tan duro como éste y tan dudoso, quebrantando un fuero tan inviolable.

“Que si con tan denodado atrevimiento y temerario lo hicieses, los hombres que vivimos en la tierra y tan sujetos a la voluntad de los dioses, no lo habrías comenzado a poner por obra, cuando ellos todos se indignarían contra todo el mundo, y lo destruirían y tornarían por su propia causa y deidad, cuando viesen que

los hombres los menospreciábamos en la tierra; nos enviarían hambres, pestilencias y otros desastres e infortunios y grandes calamidades, desechándonos de sí, expeliéndonos como a hombres malditos y apartados de su amistad, que no nos hablarían más, ni menos nos responderían como nos responden; y el sol y la luna y demás estrellas relumbrantes se enojarían contra nosotros, y no nos mostrarían más su luz ni claridad. Mira pues, señor y muy temido caballero de los dioses blancos y barbudos, lo que queréis emprender; mira que te queremos mucho y te rogamos que no lo hagas, no te suceda algún trabajo, porque tenemos por experiencia que cuando así algunos de nosotros llegamos con insolencia a algunas de esta reliquias indignamente, caen sobre nosotros grandes relámpagos, rayos y truenos del cielo, en castigo a tan grande osadía y atrevimiento.

“Y dejando éste aparte, que es negocio que toca a los dioses, todas las demás cosas que nos has dicho, que es ir contra Culhua y asolar y destruir por fuerza de armas con cruda y fuerte guerra, todo nos parece poco ponerlo debajo de tu señorío y mando, no lo estimamos y tenemos en nada, en comparación de lo que nos has

dicho, ni el tenerte por amigo, ni el reconocer por tal al gran señor que te envía, que es el que nos dices que se llama emperador monarca del mundo, aquel que de tan lejanas partes nos envía a saludar y a visitar. Y para corresponder a tan gran merced como ésta, nos obliga a que le sirvamos y agradezcamos, ayudándole en todo lo que se le ofreciere, teniéndole siempre por verdadero señor y amigo nuestro. Mira lo que ha menester de nosotros, dínoslo si quiere algo de las cosas de nuestra tierra, que por la amistad que le tenemos y a ti te hemos cobrado, lo haremos muy de veras y cumplidamente, porque esta nuestra paz y amistad ha de ser para siempre eterna y perdurable, hasta el fin de los siglos futuros y advenideros. Por tanto mira lo que quieres, que aquí estamos muy prontos para todas las ocasiones que se te ofrecieren a ti y a tus valerosos compañeros, así en la paz y en la guerra; así lo puedes enviar a decir al gran señor que te ha enviado”.

Cuyo razonamiento propuso en nombre de todos el poderoso y gran señor Maxixcatzin, que era muy discreto y el más mozo de los cuatro caciques, a cuyas palabras nuestro animoso e invencible español respondió replicando

con cristianísimo y católico pecho de esta manera constreñido del celo cristiano de que estaba armado:

“Bien he visto, leales amigos míos y muy estimados señores, el amor y amistad que me tenéis sin género de doblez alguno, a los cuales no puedo dejar de acudir de hacer vuestra voluntad, especialmente siendo cosa que conviene a vuestro propio remedio, porque para destruir yo y asolar todo este mundo y todas las naciones que en él hay, no lo estimaría en nada tanto cuanto deseo vuestra salvación y que salgáis del error en que vivís, porque teniéndoos de mi parte y banda, todo se me facilita y allana; pero es recio caso, amigos y señores míos, que no seáis cristianos y de la cristiana parcialidad, porque siendo yo cristiano e hijo del verdadero dios, cuya ley y doctrina guardo, que viva entre gentes que sirven y adoran dioses de falsedad y de mentira. Y en cuanto a esto que decís que han de destruir el mundo mostrando gran ira contra los hombres y que enviarán fuego del cielo, hambres y pestilencias y otras calamidades como habéis referido, es negocio de poco momento e imaginación vana, lo cual tomo a mi cargo para avenirme con ellos por-

que no son dioses ni son nada, ni tienen ningún poder.

“Finalmente, que como a amigos fieles os ruego y aconsejo que no creáis en ellos, sino que los derribemos y asolemos, despedazándolos y quebrantándolos de manera que no quede nombre ni memoria de ellos en el mundo, porque es muy gran lástima que señores y principales tan claros y generosos varones sean sujetos a tan abominables figuras. Por tanto, amigos míos, persuadíos a ser cristianos, y no estéis incrédulos, ni tan obstinados en vuestros errores. Mirad con los ojos del entendimiento lo que os he significado, porque es pura verdad. Dejad la pertinacia endurecida de vuestros corazones; animaos a ser hijos del dios verdadero, que os infundirá su divina gracia, y os dará verdadera claridad y lumbre para que mejor entendáis lo que con palabra no os puedo explicar”.

Oído negocio tan duro y pesado para tan arraigado uso y costumbre, quedaron por muy gran rato sin poder hablar y responder cosa alguna, mas al cabo, habiendo bien considerado lo que con tanto espíritu el capitán Cortés les decía, le respondieron de común consentimien-

to, pues ellos le habían dado sus corazones y su amistad, que era lo mejor de sus personas, que en este caso ellos se rendían y no tenían qué responder sino que ejecutase su voluntad e hiciese lo que por bien tuviese, y que derribase los ídolos y los diese por ningunos, pero que si algo sucediese, que no fuese a su cargo, y que fuese visto y entendido que ellos no querían enojar a los dioses ni era tal su voluntad, ni menos los querían ya creer, sino al dios verdadero de los cristianos que era aquel que había creado los cielos y la tierra, y en aquel en quien creía, y que querían tornarse cristianos y echarse agua en las cabezas, como ellos lo tenían de costumbre, y ser bautizados y guardar sus leyes y mandamientos, como ellos los guardaban.

Finalmente, por seguir y guardar sus buenas y santas costumbres, y porque sus gentes no se alborotasen, que ellos les querían hablar, dándoles a entender todas aquellas cosas de que habían sido informados, y que en el ínter se estuviesen quietos y sosegados y que apaciguasen sus corazones. Tomando pues la mano en esto los cuatro señores, hicieron grandes juntas en sus pueblos y barrios y cabeceras, donde dieron entera noticia de lo que el capi-

tán pretendía hacer en destruir y disipar sus dioses, y que no tan solamente venía a castigar a los injustos hombres, sino que también quería tomar venganza de los dioses inmortales, “porque nos ha dicho que nos quiere dar otra nueva ley, limpia y loable, y que para esto tengamos por bien, que recibamos a otro dios que él nos trae y nos lo quiere dar porque es sobre todos los dioses”.

Este modo de hablar y decir que les quería dar otro dios es, a saber, que cuando estas gentes tenían noticia de algún dios de buenas propiedades y costumbres lo recibían admitiéndole por tal, porque otras gentes advenedizas trajeron muchos ídolos que tuvieron por dioses, y a este fin y propósito decían que Cortés les traía otro dios; y así decían: “de manera que a éste hemos de adorar y servir, porque él lo adoraba y servía muy en diferente modo y manera que nosotros servimos a nuestros dioses; porque a éste no le sacrifican corazones de hombres humanos, ni menos con sangre viva, como nosotros lo hacemos con nuestros dioses, sino con solamente oraciones y con bautismo de agua.” Y esto le habían prometido seguir, y que ninguno se lo estorbase ni le fuese a la mano, “sino

que le dejemos hacer lo que él quisiere, pues viene a ayudarnos y a favorecernos, por lo cual no nos conviene que le seamos contumaces, ni rebeldes, ni traidores.

“Haga lo que quisiere y por bien tuviere, que él lo toma a su cargo, que es negocio de entre ellos; dioses son los unos y los otros, ellos se entenderán, y cada uno volverá por sí y por lo que le tocara. Mas a nosotros conviénenos conservar su amistad, porque nuestras gentes vivan seguras, no demos lugar a que los enemigos nuestros tomen venganza de nosotros”. Oído negocio tan duro por los de la república, volvieron los rostros al cielo en señal de gran dolor y sentimiento, y muy llorosos, que era verlos cosa de espanto y lástima, de tal manera que decían algunos de ellos a sus señores:

“Decid al capitán y respondedle, ¿de qué, por qué nos quiere quitar los dioses que tenemos y que tantos tiempos han servido a nosotros y nuestros antepasados? Que sin quitarlos ni mudarlos de sus lugares sagrados, pueden poner a su dios entre los nuestros, que también le serviremos y adoraremos, o le haremos casas y templos aparte y de por sí, y será también dios nuestro y le guardaremos el decoro y res-

peto que su deidad y santidad merece, guardando sus leyes y mandamientos como lo hemos hecho con otros dioses que nos han traído de otras partes”.

A las cuales palabras torpes y sin fundamento les respondieron sus señores y caciques, que ya no había remedio a cosa ninguna de las que pedían, sino que precisamente había de hacerse lo que el capitán quería y que no se tratase más de ello; y así fue que luego callaron y comenzaron a ocultar y esconder secretamente muchos ídolos y estatuas, como después adelante andando el tiempo se vio y se ha visto, donde secretamente muchos de ellos los servían y adoraban como de antes, aconsejándoles el demonio que no desmayasen, ni los hombres advenedizos los engañasen, lo cual les decían en sueños y en otras apariencias, mayormente cuando tomaban y bebían cosas provocativas a ver visiones, que para semejantes cosas las tenían y las tomaban.

Por cuya causa muchos de ellos estuvieron muy endurecidos, rebeldes y obstinados para su conversión; y así ahora, en nuestros tiempos, que fue el año de mil quinientos setenta y seis, muchos principales viejos pidieron agua

del bautismo, que de vergüenza y empacho no se habían querido bautizar, los cuales habían quedado de aquellos que habían sido duros y pertinaces en dejar los ídolos; y como después vieron que toda la gente de la tierra venía a la conversión, quedáronse muy engañados, y después de pura vergüenza, como eran principales, no se atrevían a venir al santo bautismo; que aunque eran casados en haz de la Santa Madre Iglesia y tenían nombres de cristianos y que confesaban y comulgaban cada un año, no osaban decir que no estaban bautizados hasta este año, habiendo sido alcaldes y regidores en esta república; pasó esto y vimos por vista de ojos. Fue nuestro señor servido que en los últimos días de su vida conocieran el error en que habían estado y vivido, y recibieron el santo bautismo y acabaron católicamente dentro de pocos días este año.

Tornando a nuestro principal propósito, éstas y otras muchas cosas torpes hacían y decían; y en resolución Maxixcatzin y Xicoténcatl y los demás principales caciques y señores dijeron a Cortés que no reparase en cosa alguna, sino que ejecutase su intento y que absolutamente hiciese lo que le pareciese y bien le estu-

viere, porque ellos estaban determinados de creer en dios y en Santa María su santísima madre, y guardar sus mandamientos sagrados y divinos preceptos, y que desde luego daban por ninguna su ley de idolatría y engaño en que vivían y habían vivido, y que en esta fe nueva tan santísima querían vivir y morir para siempre jamás y que desde luego pedían agua de bautismo, porque querían ser bautizados. Y que para que fuese notorio a todas sus gentes, se pudiese luego por obra y que en ello no hubiese dilación, que el tiempo no daba lugar a ello.

Visto por Hernán Cortés cuán bien se acu-
día a lo que él tanto deseaba, no podía estar de gozo, dando inmensas gracias a nuestro señor por tan grandes y señaladas mercedes como le hacía, porque éste fue el principal fundamento de su venida y el camino y principio de todo su bien, como lo fue en esta vida y para conseguir y alcanzar la gloria y dejar en esta vida eterna inmortal fama. Y con este tan solemne y celebrado regocijo, fueron luego bautizados los cuatro señores de las cuatro cabeceras, como atrás lo hemos venido refiriendo, por mano de Juan Díaz, presbítero que venía como capellán de la armada. Hecha esta general y pública

conversión a honra y gloria de nuestro señor y de su benditísima madre, de la siempre virgen María y señora nuestra, se comenzaron a bautizar luego otros muchos señores y caciques de esta república, tras lo cual se comenzaron a derribar por los suelos los ídolos y estatuas de sus falsos dioses y en presencia de todos a profanarlos y a tenerlos en poco, como se hizo hasta que totalmente cada día se iban y fueron asolando y se ha venido a perder el nombre de ellos, y la pésima idolatría tuvo fin que tantos siglos había durado entre estas gentes. Juan Díaz fue clérigo presbítero, primer sacerdote y el primero que administró sacramentos a los naturales.

Fueron padrinos de los cuatro señores, don Fernando Cortés, don Pedro Alvarado, Andrés de Tapia, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid. Tomó por nombre Xicoténcatl llamarse Vicente, que después se llamó don Vicente, y Maxixcatzin se llamó Lorenzo, don Lorenzo Maxixcatzin, Citlalpopocatzin y Tlehuexolotzin.

Este día de su bautismo y conversión se hicieron muchas fiestas a modo castellano, con muchas luminarias de noche y carreras de caballos, aunque pocos con cascabeles, que vieron y conocieron los naturales estas muestras

de alegría, y ellos a su modo hicieron grandes bailes y danzas que llaman mitotes, según su antiguo uso y costumbre, con muchas comidas y dádivas y presentes de ropa y esclavos y joyas de oro y piedras de precio, que dieron a los españoles aquel día. Y no nos pararemos a contar sus géneros y maneras de comidas, cómo y de qué manera las servían y las daban, porque otros lo han escrito muy extenso, que cierto que hay en ello mucho que contar, sólo diré una curiosidad y cuidado que se tuvo al tiempo de bautizarlos.

Y es que fue por esta orden que un día se bautizaban varones y se llamaban Juanes, y otro las mujeres y se llamaban Anas, y otro día se ponían Pedros y Marías, de suerte que venían por días los nombres de los varones y hembras y dábales una cedula para que no se olvidasen los nombres de los bautizados de aquel día. Y así se usó en esta provincia de Tlaxcalla muchos años, que llevaban por memoria los nombres, porque muchos nombres se olvidaban y venían a buscar sus nombres en el padrón del bautismo, y asimismo vi yo en otras muchas provincias de esta tierra hacer la misma diligencia.

Habiendo pues acabado Hernán Cortés un negocio tan heroico y arduo, en haberse convertido por su orden y mano los cuatro caciques y cabeceras de Tlaxcalla, desde allí en adelante se comenzaron a tratar negocios tocantes a la conquista, cómo y de qué manera se podía entrar y tomar a México y ganar las demás ciudades y provincias para que asimismo ellos viniesen en conocimiento de dios y de la verdadera lumbre de nuestra santa fe y que fuesen bautizados y se diesen de paz sin derramamientos de sangre ni muertes de hombres.

Y que cuando esto no quisiesen hacerlo por bien, ni serles amigos, castigarlos muy de veras, vengarse de ellos y de sus injurias como se lo tenía prometido, de manera que desde allí en adelante no se trataba de otra cosa sino de hacer gente contra los culhuas mexicanos, lo cual dentro de muy breve tiempo se hizo por no dar lugar a que los mexicanos se confederasen con los tlaxcaltecas, y por evitar malos pensamientos y otras nuevas ocasiones y propósitos procuró Cortés no dejar de la mano a sus nuevos amigos y confederados, usando como siempre sus astucias como astuto capitán de la buena ocasión que presente tenía.

Hecha su gente comenzaron a marchar y a moverse sus ejércitos españoles y tlaxcaltecas con mucha orden de su milicia, con número y copia de gentes bastantes para tan gran empresa, de gentes y bastimentos, con muy principales y famosos capitanes ejercitados en guerras según su modo y manera y antiguo uso. Que fueron por capitanes Piltecuhtli, Acxotécatl, Tecpanécatl, Calmecahua, Cocomitecuhtli, Quauhtotohua, Teotlipil y otros muchos que por ser tantos y tanta variedad de nombres no se ponen, sino los más señalados que siempre tuvieron fidelidad con Hernán Cortés hasta al cabo de su conquista.

La primera entrada que se hizo fue por la parte de Cholula, donde gobernaban y reinaban dos señores que se llamaban Aquiach y Tlalchiach, que siempre los que en este mando sucedían eran llamados con este nombre, que quiere decir el mayor de lo alto y el mayor de lo bajo del suelo. Entrados pues por la provincia de Cholula, en muy breve tiempo fue destruida por muy grandes ocasiones que para ello dieron y causaron los naturales de aquella ciudad, la cual destruida y muerta en esta entrada gran muchedumbre de cholultecas,

corrió la fama por toda la tierra hasta México, adonde puso horrible espanto, y más en ver y entender que los tlaxcaltecas se habían confederado con los dioses, que así eran llamados generalmente los nuestros en toda la tierra de este Nuevo Mundo, sin poderles dar otro nombre.

Tenían tanta confianza los cholultecas en su ídolo Quetzalcóhuatl, que entendieron que no había poder humano que los pudiese conquistar ni ofender, antes acabar a los nuestros en breve tiempo; lo uno porque eran pocos, y lo otro que los tlaxcaltecas los habían traído allí por engaño a que ellos los acabaran, porque, como digo, confiaban tanto en su ídolo, que con rayos y fuego del cielo los habían de consumir y acabar.

DE LOS NIÑOS MÁRTIRES DE TLAXCALA

Aunque fray Jerónimo de Mendieta, fraile de la Orden del señor San Francisco, ha escrito largamente de las cosas sucedidas acerca de la conversión de los naturales de esta tierra, y porque en este lugar se nos ofrece ocasión de tratar algunas cosas dignas de eterna memoria saliendo de nuestro principal intento, y es el caso que un cacique llamado don Cristóbal Acxotécatl, principal del pueblo de Atlihuetza, sujeto de Tlaxcalla, martirizó a un hijo suyo llamado asimismo Cristóbal, que por ser muchacho de poca edad le llamaban así los religiosos y su común nombre era Cristobalico a manera de regalo, que habiéndose bautizado y tomado por nombre Cristóbal, su padre Acxotécatl, tornó a idolatrar.

Y por no ser sentido, puso a su hijo con los frailes en el monasterio de Tlaxcalla, para que fuese doctrinado e instruido en las cosas de nuestra santa fe; y fue nuestro señor servido que en muy breve tiempo fue tan buen cristiano que no había más que desear, y los religiosos le tenían en tanto, que no se hallaban sin él, el cual iba con su padre don Cristóbal muchas

veces a predicarle las cosas de nuestra santa fe declarándole la doctrina cristiana, contradiciéndole y reprobándole la gentilidad y reprobada idolatría, y cómo era devaneo y engaño, y que le rogaba mucho como hijo suyo que tanto le amaba, que dejase de idolatrar y que se convirtiese a dios y le sirviese. Mas como su padre estuviese tan endurecido y obstinado, nunca quiso dar crédito a cuanto le decía y amonestaba su hijo.

Y visto esto por Cristobalico rogó con gran instancia a su madre se lo dijese y rogase a su padre, que pues como era bautizado que siguiese la fe de los cristianos y se volviese a dios y aborreciese a sus ídolos, porque recibía grande afrenta y que no osaba parecer ante sus maestros los religiosos, viendo que su padre todavía servía al demonio y a dioses de piedra y de palo, por lo cual rogaba a la madre con gran instancia que fuese parte de que su padre se tornase a dios y dejase al demonio. La madre, viendo la razón que el hijo tenía, rogó a don Cristóbal su marido, que volviese a la ley de dios y que viese cuán buena y cuán limpia era y descansada, y que dejase de adorar a los ídolos como su hijo Cristobalico lo decía; y que

así se lo habían enseñado los padres de Santa María, que eran los frailes, que en aquella sazón así los llamaban.

Y como este negocio fuese tan odioso al Acxotécatl don Cristóbal, mandó matar a la madre de Cristobalico. Muerta la madre, su hijo Cristóbal vino con mayor fervor y osadía a amonestar a su padre, diciéndole que dejase de idolatrar y de servir a los ídolos, porque si no lo hacía y se enmendaba por bien, que él propio se los quitaría y descubriría; pero que como hijo, le rogaba se quitase de ello, porque vivía corrido y afrentado entre los frailes siervos de dios que le habían doctrinado; y que mirase que era señor y principal en la república de Tlaxcalla y que no diese tan mala cuenta de su persona, y que no le diese lugar a que le perdiese la obediencia y respeto que le tenía de padre, porque en este caso, no le podía guardar ningún decoro y que le quemaría los ídolos.

Con tales palabras don Cristóbal Acxotécatl recibió gran enojo y terrible coraje contra Cristobalico su hijo, y un día, estando muy quieto y seguro Cristobalico en servicio de los religiosos, su padre le envió a llamar, y estando en su presencia le dijo estas palabras: “¿Cómo,

hijo mío, engendrete yo para que me persiguieses y fueses contra mi voluntad? ¿Qué te va a ti que yo viva en la ley que yo quisiere y bien me estuviere? ¿Éste es el pago que me das de la crianza que en ti he hecho?” Diciéndole estas palabras arremetió a él y le dio de porrazos con una porra de palo que traía, con la que le hizo pedazos la cabeza y le mató. Y después de muerto, le mandó echar en una hoguera que tenía hecha en su propia casa y aposento, y como no se pudiese quemar el cuerpo de Cristobalico, le mandó sacar de la hoguera y le hizo enterrar en una recámara suya, que era aposento bajo de terraplén.

Hecho esto, y enterrado su hijo lo más secretamente que pudo, al cabo de muy pocos días los religiosos echaron menos a su Cristóbal, que no solía faltar tanto tiempo, procuraron luego saber de él y buscarle con gran diligencia, que luego sospecharon lo que podía ser; y como no apareciese al cabo de muchos días, por indicios y sospechas se vino a sacar de rastro cómo su padre don Cristóbal le había matado a él y a su madre; y por confesión suya, cómo los había matado, cómo y de qué manera y la razón que para ello tuvo, y de cómo los te-

nía enterrados en su recámara a él y a su madre; así por esto como por otros negocios, fue justiciado don Cristóbal Acxotécatl, el cual fue bautizado y murió cristiano. Sentenciolo a muerte Martín de Calahorra, que conoció de la causa, y le mandó ahorcar por mandado de Hernán Cortés. Y visto por los religiosos de aquellos tiempos, hicieron desenterrar los huesos de Cristobalico y los de su madre y los llevaron al monasterio de Tlaxcalla, donde el día de hoy los han de tener guardados, que piadosamente se puede creer que fueron mártires madre e hijo.

Lo mismo acaeció en el pueblo llamado Santiago Tecalco, que por el mal sonante del vocablo se llama el día de hoy Santiago Tecalpan; otros lo llaman Tecalli, pueblo que tienen en encomienda los sucesores de don Francisco de Orduña a quien fue encomendado; que yendo por toda aquella comarca ciertos religiosos que salieron de Tlaxcalla a predicar, llevaban consigo unos niños que tenían doctrinados para que buscasen y descubriesen ídolos, y algunos idólatras que siempre estaban endurecidos en su ironía y en no quererse convertir a la fe de Jesucristo; y como fuesen tan perseguidos por

los muchachos, una noche los caciques de aquel pueblo los convidaron a cenar a tres de ellos, y aquella propia noche procuraron matarlos, y esta intención de matarlos fue sentida por los niños, por algunos avisos que tuvieron de otros indios, que también por inspiración divina dos de ellos se pusieron en huida, de suerte que se escondieron y escaparon de entre sus manos.

Y al que alcanzaron, lo mataron aquella noche, siendo de edad de quince años, natural de Tlaxcalla. Y como en aquellos tiempos los naturales no usaban dagas ni puñales ni chuchillos para con ellos dar de puñaladas, al que querían matar, le daban de porrazos, que era su costumbre antigua, y así tenían para este efecto unas porras de palo pesados o macanas, y con estas aporreaban a los que mataban. Por manera que a este niño, habiéndole aporreado y dado en la cabeza muchos golpes, y teniéndola hecha pedazos y magullada, nunca perdía el sentido para encomendarse a dios, y clamando a grandes voces, diciendo que aquello que le hacían fuese por amor de dios, y que no se le daba nada que le matasen, que daba su vida por bien empleada con que ellos se bautizasen y creyesen en dios, que aunque él muriese y perdiese mil

vidas, que no les había de dejar de decir que se convirtiesen a dios, y que dejasen de ser idólatras, que no por temor ni miedo de perder la vida había de dejar de decirles la verdad y de cómo vivían engañados con sus ídolos. Y de esta suerte murió hecho pedazos, como tenemos referido, siendo de su propio natural.

Y todo el tiempo que le estaban matando les estuvo predicando y reprendiendo, que fue toda la noche hasta el día; y sus compañeros que estaban escondidos, visto que no podían dejar de padecer otro tanto, le dejaron y se fueron huyendo, y se tornaron a Tepeyácac, donde dieron cuenta a los frailes de lo que les había acaecido, de cómo los tecalpanecas habían matado a uno de sus hijos, noticia que recibieron con gran pena. Mas como en aquella primavera no se ejecutaba la justicia ni había castigo a los excesos, por no alterar a los naturales, se quedó esta crueldad sin castigo. De estos casos sucedían en diversas partes de esta tierra, aunque algunos quieren decir que fueron castigados y hecha justicia de los matadores; aunque se pasaba por muchas cosas de éstas, por la razón que dejamos referida, también acaecían otras muchas muertes que se pasaba por ello

de otras que no se tenía entera noticia, que el tiempo y el descuido de nuestros españoles las han consumido y puesto en eterno olvido.

Y acordándome en este lugar es que, en la ciudad de México, catorce años después de conquistada la ciudad y toda la tierra ya pacificada por Hernán Cortés, yendo con otros muchachos hijos de españoles por los barrios de los naturales, nos corrieron unos indios embijados; y de seis o siete que íbamos, nos cogieron un compañero y se lo llevaron, que nunca más se supo de él ni pudo ser hallado. Y aparte de éste que nos llevaron a ojos vistas, hurtaban los que podían, para comérselos o para tornarles indios. Dejando esto aparte, que era lo de menos, a los españoles que caminaban a solas para ir a los pueblos y a otras provincias, los mataban y consumían secretamente, sin poder saberse de ellos; hasta que se puso remedio a ello, y se mandó en toda la tierra a los caciques de las provincias y reinos que tuviesen cuenta con los españoles que caminaban para pasar a otros pueblos. Que en aquella sazón los llamaban cristianos, hasta que los frailes les mandaron que no les llamasen “cristianos”, porque también lo eran ellos, que de allí en adelante

no les llamasen cristianos, sino españoles o castiltecas, que quiere decir tanto como si dijésemos castellanos, y con todo esto, los llaman el día de hoy cristianos.

Cronología

- 1529** Nace Diego Muñoz Camargo, hijo del conquistador y poblador del mismo nombre, quien llegó a la Nueva España en 1524, y de la india Juana de Navarra
- 1538** Enseña la doctrina cristiana a los indios que llegaron junto con Cabeza de Vaca, por mandato del virrey Mendoza
- 1550** Se establece en Tlaxcala
- 1561** Se convierte en intérprete de la Alcaldía, cargo que ejerce hasta su muerte
- 1562** Escribe *Principio y origen del señorío y reino de Tlaxcala*
- 1571-1577** Escribe *Historia natural*, que es enviada al virrey don Martín Enríquez
- 1583-1585** Viaja a España junto con una comitiva tlaxcalteca
- 1586** Administra los bienes y haciendas del cabildo indio de Tlaxcala
- 1591** Participa, junto con otros tlaxcaltecas, en la colonización de tierras chichimecas
- 1592** Termina de escribir *Historia de Tlaxcala*, en la que resume sus obras anteriores
- 1600** Leonor Vázquez, su esposa, se registra como su viuda

Bibliografía

Historia de Tlaxcala, 1576, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1892; México, Ateneo Nacional de Ciencias y Artes, 1947; (edición de Germán Vázquez), Madrid, Historia 16 (serie Crónicas de América, 16), 1986 (paleografía, introducción, notas, apéndices e índices analíticos de Luis Reyes y Javier Lira Toledo), Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala /cieras/Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1998; *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de las Indias y del mar océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas*, 1584, México, Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM, 1981.

PRESENTACIÓN	
<i>Ernesto de la Torre Villar</i>	7
ORIGEN Y COSTUMBRES DE LOS TLAXCALTECAS	13
DE LA NATURALEZA Y RECURSOS DE LA PROVINCIA DE TLAXCALA	53
EL ARRIBO DE HERNÁN CORTÉS Y SU HUESTE. LA CONVERSIÓN DE LOS TLAXCALTECAS	87
DE LOS NIÑOS MÁRTIRES DE TLAXCALA	127
Cronología de Diego Muñoz Camargo	137
Bibliografía mínima	138

Los tlaxcaltecas, de la
colección Pequeños Grandes
Ensayos, editado por la Dirección Ge-
neral de Publicaciones y Fomento Edito-
rial, fue impreso en junio de 2006 en
Formación Gráfica, S.A. de C.V., Matamoros 112,
col. Raúl Romero, 57630, Ciudad Nezahualcóyotl,
Estado de México. En su composición se usaron
tipos ITC Century Book 9/13, 8/12 y Bell MT 20/21
pts. Para la impresión de los interiores se usó papel
Cultural de 90 g; para los forros, cartulina Clásico
marfil de 210 g y para el guardapolvo, Clásico
premier marfil de 90 g. La formación estuvo a
cargo de Ma. Dolores Rodríguez. La edición
consta de 1000 ejemplares y estuvo al cui-
dado de Odette Alonso y Berenice
Vadillo. Coordinación edito-
rial: Álvaro Uribe.